

LOS ANARCO-ESTATISTAS ESPAÑOLES: UN ANÁLISIS HISTÓRICO, ECONÓMICO Y FILOSÓFICO DEL ANARQUISMO ESPAÑOL

BRYAN CAPLAN*

Siguiendo el espíritu del libro que lleva por título *The Road to Serfdom* de F. A. Hayek, dedico este ensayo a los anarco-socialistas de todas las facciones.

I PREFACIO

En *Looking Back on the Spanish War* George Orwell escribe: «Tengo pocas pruebas directas de las atrocidades cometidas en la guerra civil española. Sé que los republicanos cometieron algunas y los fascistas muchas más (y aún siguen cometiéndolas). Pero lo que me impresionó, y me ha impresionado desde entonces, es que las atrocidades se admitan o nieguen exclusivamente en función de la predilección política. Todo el mundo cree en las atrocidades del enemigo y no en las de su propio bando, sin tomarse nunca la molestia de examinar las pruebas». La misma observación es aplicable con la misma fuerza a la mayor parte del reciente debate sobre el comportamiento de los anarquistas españoles durante la Guerra Civil española. Viendo que era muy difícil desentrañar la verdad escondida tras versiones y citas contradictorias, decidí analizar las evidencias por mí mismo. El siguiente ensayo es el resultado de mis investigaciones. Las citas a veces pueden parecer demasiado largas, porque, para evitar cualquier sospecha de edición creativa, evité acortarlas siempre que fue posible.

—BRYAN CAPLAN

* Traducido del inglés por Juan José Gamón Robres (juanjogamon@yahoo.es).

Que ningún hombre sufra y que no tenga razones para escapar a la condena eterna que la Historia tiene el poder de infligir sobre el mal.

—LORD ACTON, *The Study of History*.



II INTRODUCCIÓN

Durante la Guerra Civil española los fascistas utilizaron métodos salvajes para establecer una dictadura brutal.¹ Los comunistas españoles utilizaron en tiempo de guerra medidas similares en su fallido de alumbrar un régimen aún más totalitario.² Sin embargo, muchas discusiones sobre la Guerra Civil española pasan por alto, reducen al mínimo o disculpan el comportamiento atroz y las aspiraciones tiránicas de la que fue quizás la más poderosa facción de los republicanos españoles: el movimiento anarquista.

El presente ensayo tiene como objetivo restablecer el equilibrio. En primer lugar, se resumen los detalles históricos del comportamiento de los anarquistas durante la Guerra Civil española, examinando tanto el comportamiento de los escalones superiores del movimiento anarquista como de los militantes de a pie. El ensayo examina la economía de la España controlada por los anarquistas, centrándose tanto en las políticas adoptadas como en sus objetivos y resultados. Termina con una disección filosófica del movimiento

¹ Véase, en general Stanley G. Payne, *The Franco Regime: 1946-1975* (Madison, WI: University of Wisconsin Press, 1987).

² Véase, en general Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution* (Chapel Hill, Carolina del Norte: University of North Carolina Press, 1991).

anarquista español, demostrando que su horrible comportamiento fue en gran medida producto de su incoherente visión de la libertad humana, su fallido intento de sintetizar socialismo y libertad, la falta de pensamiento crítico y el carácter emocional de su forma de pensar.

III. LA HISTORIA Y LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES

Muchas discusiones recientes sobre los anarquistas españoles giran en torno al libro de Ronald Fraser titulado *Blood of Spain*.³ Aunque este ensayo utiliza a Fraser como fuente, en un trabajo histórico de recopilación de testimonios orales siempre existe la preocupación de que la experiencia de la serie de personas entrevistadas (que es necesariamente pequeña) pueda no ser representativa. En cambio, mi principal fuente de referencia para la historia de los anarquistas españoles es *The Spanish Civil War* de Burnett Bolloten.⁴ La objetividad y claridad de Bolloten goza de general aprobación, incluso cuenta con la de personas informadas y muy afines a los anarquistas españoles. Noam Chomsky alaba el trabajo de Bolloten en su *Objectivity and Liberal Scholarship* y recurre frecuentemente a su obra anterior, menos desarrollada, en ese ensayo.⁵ Bolloten era, además, el historiador clave que documentó atrocidades de los comunistas contra los anarquistas españoles, y uno de los primeros historiadores en demostrar que, contrariamente a la propaganda del gobierno de la República, durante la guerra los anarquistas españoles experimentaron con cambios so-

³ Ronald Fraser, *Blood of Spain: An Oral History of the Civil War* (Nueva York: Pantheon Books, 1986).

⁴ Bolloten, op. cit.

⁵ Noam Chomsky, «Objectivity and Liberal Scholarship», en *American Power and the New Mandarins* (Nueva York: Pantheon Books, 1969), esp. pp.79-124. El elogio se produce en la nota al pie de la p. 140: «Este libro [*The Gran Camouflage* de Bolloten], de un corresponsal de la United Press en España durante la Guerra Civil, contiene una gran cantidad de pruebas documentales importantes que influyen en la preguntas consideradas aquí».

ciales radicales y a gran escala. Por último, la objetividad de Bol-
loten habla por sí sola, ya que realiza un minucioso esfuerzo por
confirmar todos los hechos y toma cuidadosamente nota de la ex-
istencia de cualquier prueba contradictoria.

1. Los milicianos y el terror

En julio de 1936, oficiales de toda España intentaron dar un golpe
de estado contra el gobierno republicano.⁶ En Cataluña, Aragón y
en otras áreas en las que hubo levantamientos militares, los mili-
cianos anarquistas vencieron. Sintiendo más poderosos que los
gobiernos regionales y, posiblemente, que el gobierno central, los
anarquistas aprovecharon el momento para poner en práctica al-
gunos cambios radicales en aquellas regiones de España donde
tenían gran número de partidarios.

Uno de estos cambios radicales fue el comienzo de los asesina-
tos en masa de personas que se consideraban afines a los naciona-
listas. En la mayoría de los casos, esos seguidores no habían toma-
do ninguna medida concreta para ayudar a la rebelión nacionalista;

⁶ Sobre el fondo de la rebelión militar, véase esp. A Payne, *op. cit.*, pp. 34-45, 87-106. Mientras que muchos estudios sobre la Guerra Civil española simplísticamente la describen como una lucha entre «el pueblo» que apoyaba la «democracia» y una pequeña minoría que apoyaba el «fascismo», la realidad era mucho más compleja: el apoyo de la población al bando Nacionalista y a las fuerzas republicanas fue aproximadamente equilibrado. Las últimas elecciones celebradas antes de la guerra civil, las de febrero de 1936, dan una idea de la división real de la opinión: como explica Payne (*Op cit*, pp. 44-45): «En las elecciones de 1936, por lo tanto, la izquierda estaba unida e incluso contaba con cierto apoyo electoral de los anarquistas. Los partidos de derecha, dirigidos por la CEDA, formaron un bloque electoral de los suyos. Las fuerzas de centro, por el contrario, se encontraron aislados entre izquierda y derecha... en las elecciones de 1936, participó un 73 por ciento del electorado. De acuerdo con los estudios más rigurosos, el Frente Popular obtuvo un 34,3 por ciento de los votos, la coalición de las derechas un 33,2 por ciento y el centro sólo el 5,4 por ciento. A pesar de que la pluralidad del voto popular fue más bien escasa, el sistema electoral español, derivado en parte del de Italia de 1924, recompensaba de forma desproporcionada a las coaliciones de distintos partidos. Tras reunirse en marzo el nuevo parlamento y decidir inhabilitar a algunos de los diputados de derecha elegidos anteriormente, los partidos de izquierda copaban cerca de dos tercios de los escaños».

fueron señalados por sus creencias o por lo que la gente intuía que serían sus creencias. Como Bolloten explica:

«Los tribunales de justicia fueron suplantados por los tribunales revolucionarios, que impartían justicia a su manera». «Todo el mundo se dedicó a crear su propia justicia y a administrarla por su cuenta declaró Juan García Oliver, un líder anarquista que se convirtió en Ministro de Justicia en noviembre de 1936. Algunos llamaron a esto llevar a alguien a dar un paseo pero yo sostengo que fue Justicia administrada directamente por el pueblo en ausencia completa de órganos judiciales ordinarios».⁷ Sin duda, los miles de personas que fueron asesinadas por tener creencias políticas o religiosas con las que los anarquistas no estaban de acuerdo no repararon en esta distinción. «No queremos negar, confesó Diego Abad de Santillán, un anarquista prominente en la región de Cataluña, que el 19 de julio trajo consigo un desbordamiento de pasiones y abusos, un fenómeno natural cuando hay una transferencia del poder de los privilegiados al pueblo. Es posible que nuestra victoria resultara en la muerte violenta de cuatro o cinco mil habitantes de Cataluña que figuraban como derechistas y estaban vinculados a la reacción política o eclesiástica».⁸ El comentario de Santillán ejemplifica la actitud del movimiento anarquista español respecto del asesinato de varios miles de personas por sus opiniones políticas: era un mero «fenómeno natural», nada de lo que tuvieran que sentirse culpables.



One of the most influential members of the Comité Central de Milicias Anti-fascistas, created in Barcelona soon after the rising in July 1936, was the anarchist Juan García Oliver, responsible for the Committee's War Department.

Bolloten señala que la ola de asesinatos protagonizada por los militantes anarquistas está bien corroborada por otras fuentes. Así,

⁷ Bolloten, op. cit., p.50.

⁸ Ibid, p.53.

Hugh Thomas en su *The Spanish Civil War* (una obra con la que Bolloten está en desacuerdo en una serie de puntos) explica que: «Todos los que podrían ser considerados sospechosos de simpatía hacia la rebelión nacionalista estaban en peligro. Al igual que sucedió en el bando nacionalista, las irracionales circunstancias de una guerra civil hacían imposible establecer lo que constituía o no traición. Personas dignas murieron; con frecuencia las indignas sobrevivieron. En Andalucía Oriental, camiones de la CNT fueron a las aldeas y los milicianos ordenaron a los alcaldes que entregaran a sus fascistas. Los alcaldes tenían a menudo que decir que todos habían huido, pero los terroristas sabían, gracias a informadores, quienes, de entre las clases acomodadas, estaban todavía por allí, los arrestaban y los fusilaban en un barranco cercano».⁹ Thomas añade que «en la gran mayoría de los casos, los ejecutados era gente corriente de derechas. A menudo, miembros de la clase obrera serían asesinados por sus propios conocidos por hipocresía, por haberse mostrado demasiado sumisos ante sus superiores sociales, incluso por puras mentiras. Por ejemplo, en Altea, cerca de Alicante, el propietario de una cafetería fue asesinado con un hacha por un anarquista por haber cobrado de más por unos sellos y por la copa de vino que los compradores de sellos podían tomar mientras esperaban».¹⁰

La ideología política no fue la única clase de heterodoxia que los anarquistas españoles se negaron a tolerar. La mera aceptación del teísmo, por lo general en su variante católica, llevó a la violencia a muchos de los militantes anarquistas. La quema de edificios religiosos, desde catedrales e iglesias a conventos y monasterios, fue generalizada, como lo fue el asesinato de sacerdotes y monjas. Esto

⁹ Hugh Thomas, *The Spanish Civil War* (London: Hamish Hamilton, 1986), pp.273-274. Es importante señalar que a pesar de la práctica popular de llamar a todas las fuerzas nacionales «fascistas», el partido fascista español, la Falange, era parte de una coalición que incluía a miembros conservadores de los militares españoles, los carlistas, monárquicos Alfonsinos, corporativistas católicos y otras facciones. Como Payne (op. Cit., P.62) señala, «Hasta la primavera de 1936, la Falange probablemente nunca tuvo más de diez mil afiliados». Por lo tanto, debe tenerse en cuenta que la violencia contra los «fascistas», en realidad se refiere a la violencia contra un espectro político mucho más extenso de lo que podría suponerse.

¹⁰ Thomas, op. cit., pp.275-276.

podría asombrar al observador ingenuo; después de todo ¿No es acaso la Iglesia Católica un ejemplo perfecto de organización comunitaria sin fines de lucro? ¿No es la Iglesia «propiedad común» de sus seguidores? Al menos en teoría, el voto de pobreza del clero le obliga a entregar todos sus bienes personales a la Iglesia, que a su vez provee a sus necesidades con cargo a los recursos de la comunidad. La Iglesia Católica parece satisfacer muchos de los postulados sociales que los anarquistas españoles abrazaron. Esto no salvó la vida de los desafortunados clérigos, porque el ateísmo militante había sido una característica del anarquismo europeo, al menos desde la época de Bakunin, y porque la Iglesia Católica históricamente se había aliado políticamente con la monarquía conservadora.

Como señala Bolloten, «Cientos de iglesias y conventos fueron quemados o sometidos a usos seculares». «Ya no hay hogares católicos» declaró el órgano anarco-sindicalista *Solidaridad Obrera*. Las antorchas del pueblo los han reducido a cenizas... «Para que la revolución sea un hecho», publicó un manifiesto de la juventud anarquista, «tenemos que demoler los tres pilares de la reacción: la iglesia, el ejército y el capitalismo. La iglesia ya ha recibido su merecido. Los templos han sido destruidos por el fuego y el pueblo se ha hecho cargo de los cuervos de la iglesia que no pudieron huir».¹¹ Como Bolloten resume: «Miles de miembros del clero y de las órdenes religiosas y de propietarios fueron asesinados, pero otros, por temor a ser detenidos o ejecutados, huyeron al extranjero, incluidos muchos prominentes republicanos liberales o moderados».

Thomas, confirma ampliamente la descripción que hace Bolloten de la persecución y de la intolerancia religiosa de los anarquistas. «¿Todavía creéis en este Dios que nunca habla y que no se defiende a sí mismo, incluso cuando se queman sus imágenes y templos? ¿Admitís que Dios no existe y que vosotros, los sacerdotes, no sois más que unos hipócritas que engañáis a la gente?» Preguntas como esas se publicaron en innumerables ciudades y pueblos de la España republicana. En ningún momento de la Historia de Europa, o incluso tal vez del mundo, se hizo patente un odio tan apasionado contra la religión y todas sus obras. Sin embargo, un

¹¹ Bolloten, op. cit., p.51.

sacerdote que, gracias a la ayuda del presidente Companys, consiguió escapar a Francia (a diferencia de los 1.215 monjes, monjas y sacerdotes que murieron solo en la provincia de Barcelona), fue lo suficientemente generoso como para admitir que «los rojos destruyeron nuestras iglesias, pero primero nosotros habíamos destruido a la Iglesia».¹²

Los documentos de Fraser dan cuenta de muchos otros casos de intolerancia religiosa de los anarquistas, pero también ponen de manifiesto un caso interesante en el que el líder anarquista Carod prohibió la violencia contra edificios y personal religioso. «... Estáis quemando las iglesias sin pensar en el dolor que estáis causando a vuestras madres, hermanas e hijas y a vuestros padres, por cuyas venas fluye sangre cristiana, sangre católica. No creemos que las iglesias en llamas vayan a cambiar esa sangre y que mañana todo el mundo se sienta ateo. ¡Por el contrario! Cuanto más se atente contra su conciencia, más se pondrán del lado de la Iglesia. Por otra parte, la inmensa mayoría de vosotros sois creyentes de corazón. Y pidió que todas las vidas y todas las propiedades —no sólo religiosas— fueran respetadas».¹³ Nótese que Carod simplemente apela a la locura que es desde un punto de vista estratégico perseguir a los creyentes religiosos, ya que lleva a la gente a ponerse del «lado de la iglesia» (y, presumiblemente, también del bando nacionalista). El argumento de Carod tipifica la parcial auto-crítica de los anarquistas españoles. Uno espera en vano que un anarquista defienda la libertad de pensamiento, el derecho del individuo a creer lo que quiera; en resumen, a decir que las simples creencias no son delito, pero matar a alguien por sus creencias sí lo es.

Nada de esto implica, por supuesto, que atrocidades similares no fueran cometidas por los nacionales y por fuerzas no-anarquistas en el bando republicano. Era de esperar que los comunistas, fascistas y demás fanáticos sanguinarios del siglo xx asesinaran brutalmente a las personas por sus creencias. Uno se sorprendería si los republicanos moderados, socialistas moderados y monárquicos moderados no cometieran asesinatos generalizados en medio de una guerra civil fratricida. Sin embargo, cabía esperar que un

¹² Thomas, op. cit., p.273.

¹³ Fraser, op. cit., pp.132-133.

movimiento que condenaba al Estado por su secular brutalidad y que abogaba por el fin de toda dominación humana, se comportara de manera diferente. En su lugar, está claro que los militantes anarquistas estuvieron en vanguardia de los escuadrones de la muerte del bando republicano.¹⁴

Los apologistas del movimiento anarquista español a menudo afirman que los homicidios mencionados simplemente representan las decisiones individuales de grupos no organizados de militantes anarquistas, más que de cualquier tipo de línea política organizada y perseguida por la dirección anarquista. A Stanley Payne le parece que la represión republicana fue bastante más compleja: «Una distinción común entre el terror protagonizado por los rojos y el de los nacionales en España, que a veces han hecho los partidarios de la izquierda, es que el primero estaba desorganizado y era espontáneo, mientras que el segundo era centralizado y sistemático, continuando a lo largo de la guerra y mucho tiempo después. Esta distinción es, en el mejor de los casos, sólo parcialmente correcta. En los primeros meses, la represión nacionalista no fue en absoluto organizada de forma centralizada, mientras que en la zona del Frente Popular tenía más planificación y organización de lo que comúnmente se cree. Esto viene corroborado por las muchas ejecuciones realizadas en zonas donde el conflicto social no fue particularmente intenso, y por el hecho de que muchos de los homicidios fueron realizados por milicias revolucionarias que venían de otros distritos. Tampoco las ejecuciones políticas en la zona republicana terminaron después de 1936, a pesar de que su número disminuyó».¹⁵

En cualquier caso, tanto si los asesinatos fueron ordenados desde el centro, como si fueron completamente descentralizados (lo que es más probable), lo ocurrido se sitúa en algún punto intermedio ¿Qué diferencia hay? ¿Importa que los ataques nazis generalizados contra los Judíos en «la Noche de los Cristales Rotos» fueran organizados de forma centralizada o fueran «algo espontáneo»?

¹⁴ Para un estudio objetivo de varias investigaciones cuantitativas sobre el número de asesinatos y de la represión practicados por Nacionalistas y Republicanos, véase a Payne, op. cit., 209-228.

¹⁵ Ibid, p.211.

No; si una ideología clasifica a tanta gente como seres infrahumanos, instando a una cada vez mayor brutalidad recomendando moderación sólo cuando es tácticamente conveniente, es perfectamente razonable condenar a todo el movimiento que gravita en torno a esa ideología, ya sea dicho movimiento el nazismo o el anarquismo español. Está bastante claro que la retórica de los anarquistas españoles se centró en el aplastamiento de los enemigos de los trabajadores por cualquier medio necesario; la salvaguardia de los derechos de las personas inocentes que despreciaban todo lo que el anarquismo representaba simplemente no estaba en su agenda. La entrevista de Fraser a Juan Moreno, un jornalero de la CNT, merece ser mencionada: «Odiábamos a la burguesía, nos trataban como a animales. Eran nuestros peores enemigos. Cuando nos fijábamos en ellos, pensábamos que estábamos mirando al mismísimo diablo. Y ellos pensaban lo mismo de nosotros».¹⁶ Bollothen similarmente señala, «de acuerdo con Pérez-Baro [un ex miembro de la CNT que desempeñó un papel prominente en el movimiento de colectivización en Cataluña], treinta o cuarenta años de propaganda revolucionaria hicieron que los empresarios a ojos de los trabajadores parecieran más enemigos personales que enemigos de clase, lo que dio lugar a una serie de abusos contra ellos».¹⁷ En resumen, es perfectamente justo impugnar el movimiento anarquista en su conjunto por las numerosas atrocidades cometidas por sus miembros, porque esas acciones fueron lógica consecuencia de las ideas centrales del movimiento más que producto de su mala interpretación por parte de grupos marginales extremos.

¹⁶ Fraser, op. cit., p.96.

¹⁷ Bollothen, op. cit., pp.59-60.



2. Los líderes y sus colaboradores

La complicidad de la dirección anarquista española en las atrocidades mencionadas es a veces difícil de desentrañar; obviamente, la mayoría de las órdenes de asesinato no se registraron públicamente. Sin embargo, los registros públicos disponibles dan cuenta de la colaboración de la dirección anarquista con el gobierno central y con los de las distintas regiones españolas y documentan ampliamente una larga serie de abusos y traiciones de todos los buenos principios que el movimiento anarquista defendía.

De entrada es preciso que expongamos algunos antecedentes sobre la organización de los anarquistas de preguerra, respecto de la que sus partidarios afirman con frecuencia que fue extraordinariamente democrática. Por lo menos desde 1927 en adelante, los procedimientos democráticos de la CNT se vieron comprometidos por una facción especial conocida como la FAI, que Bolloten describe como «guía ideológica de la CNT, cuya misión era protegerla de las tendencias desviacionistas y de dirigir a la federación sindical a la meta anarquista del comunismo libertario».¹⁸ Bolloten señala correctamente que muchos de los anarquistas españoles disputarían vehementemente esta afirmación, pero insiste en que su

¹⁸ Ibid, p. 191.

posición no es compatible con los hechos. «La FAI intentó cumplir su misión dirigente porque sus miembros, con pocas excepciones, pertenecían a la CNT y ocupaban muchos puestos de confianza. Era un principio establecido que cualquier persona que perteneciera a un partido político no debía ocupar puesto oficial alguno en la organización sindical. Además, la FAI, por otra parte, mantenía una vigilancia estrecha y constante sobre los sindicatos de la CNT y, cuando sus argumentos fracasaban, amenazaba con frecuencia con recurrir a la fuerza para impedir las tendencias desviacionistas. Sin duda este dominio —o al menos intento de dominio— por parte de la FAI no siempre fue reconocido abiertamente ni por la CNT ni por FAI y, de hecho, a veces se negó enfáticamente, pero fue admitido francamente después de la guerra civil por otros líderes de la CNT».¹⁹ Fraser corrobora las declaraciones de Bollothen. Josep Costa, un trabajador textil que militaba en la CNT explica, «La FAI estaba actuando como un grupo político dentro de la CNT, hablaban de libertad y actuando como dictadores...»²⁰ Sebastián Clara, miembro de la CNT y disidente de los años treinta, añade, «Antes de la década de 1920, la CNT era una organización en la que las masas podían expresarse democrática mente. Después, ya no fue el caso. Las cosas cambiaron con la creación de la FAI en 1927. Fueron ellos los que ahora imponían sus decisiones...».²¹ Si bien este autoritarismo creciente, bajo la apariencia de democracia, hace que sea fácil entender cómo los líderes anarquistas se desviaron a menudo del punto de vista de las bases, el hecho de que la FAI se caracterizara por su purismo ideológico hace que sus numerosas desviaciones parezcan aún más desconcertantes.

Mientras que antes de la Guerra Civil, la CNT y, en especial, la FAI condenaron repetidamente la participación política, fue fácil convencer a dirigentes de la CNT para que aceptaran cargos ministeriales en el gobierno central. Inicialmente, el primer ministro Caballero ofreció a la CNT una sola cartera, que el pleno nacional de la CNT rechazó. Esto no fue un rechazo de principio, sin embargo; el anarquista presentó una resolución de compromiso según la

¹⁹ Ibid, p. 192.

²⁰ Fraser, op. cit., p. 546.

²¹ Ibid, p. 547.

cual «se crearían comisiones auxiliares en cada ministerio que comprenderían a dos representantes de la CNT, dos de la UGT, dos de los partidos del Frente Popular y un delegado del gobierno. Este proyecto habría ahorrado a la CNT la vergüenza de participar directamente en el gabinete al tiempo que le otorgaba representación en todos los departamentos del gobierno». ²² Esta propuesta fracasó; la siguiente iniciativa anarquista consistió en abogar por «que el gobierno fuese reemplazado por un Consejo Nacional de Defensa compuesto por cinco miembros de su organización, cinco de la UGT, y cuatro miembros de los partidos republicanos». ²³ Bolloten menciona la crítica mordaz de un anarquista frente a este intento orwelliano de evitar unirse al gobierno cambiándole el nombre: «El objetivo de este cambio puramente nominal era reconciliar su ferviente deseo de entrar en el gobierno con su doctrina anti-estatal ¡Qué infantilismo! Un movimiento que se había curado a sí mismo de todos los prejuicios y siempre se había burlado de las meras apariencias intentaba ocultar que habían abjurado de los principios fundamentales cambiando un nombre... Este comportamiento es tan infantil como el de la mujer desgraciada, que, habiendo entrado en una casa de mala reputación y deseando conservar una apariencia de moralidad, pide que se le llame hetera en vez de puta». ²⁴

Los anarquistas intentaron esta táctica durante aproximadamente un mes hasta que se impuso el secretario nacional de la CNT Horacio Prieto, que favorecía la participación directa en el gobierno del Frente Popular. «Horacio Prieto decidió poner fin a los últimos elementos de oposición, dentro de la CNT y convocó un pleno de las federaciones regionales para el 18 de octubre. Esta vez sus argumentos prevalecieron. El pleno le otorgó plenos poderes para llevar a cabo las negociaciones a su manera con el fin de llevar a la CNT al gobierno. Yo estaba convencido», escribió después de la guerra, «de la necesidad colaborar y contuve mis propios escrúpulos ideológicos y de conciencia». ²⁵ El resultado final de

²² Bolloten, op. cit., p. 200.

²³ Ibid, pp. 200-201.

²⁴ Ibid, p. 201.

²⁵ Ibid, p. 202.

las negociaciones de Prieto con el gobierno fue que la CNT obtuvo el control de los Ministerios de Justicia, Industria, Comercio y Sanidad. Bolloten señala y documenta ampliamente que: «Esta decisión no sólo representa una completa negación de los principios básicos del anarquismo, sacudiendo toda la estructura de la teoría libertaria hasta la médula, sino que, violentando el principio democrático, se realizó sin consultar a las bases». ²⁶ Esta violación no sería la última, como se verá.

En Cataluña, los anarquistas aún tenían más ganas de asumir poderes gubernamentales, pues allí se sentían lo bastante fuertes como para eclipsar al gobierno regional de Cataluña, la Generalidad. En vez de entrar oficialmente en el gobierno de Cataluña, los anarquistas eligieron conservar la Generalidad para que les diera cobertura legal; pero el poder real pasó a manos del Comité Central de Milicias Antifascistas que los anarquistas controlaban. Bolloten indica que a efectos prácticos, este Comité fue el gobierno de Cataluña con un nuevo nombre: «El Comité se convirtió de inmediato en el órgano ejecutivo de facto en la región. Su poder no se basaba en la arrumbada maquinaria del Estado, sino en la milicia revolucionaria, en los escuadrones de guardias de asalto y en la multitud de comités que surgieron en la región durante los primeros días de la Revolución. Los cometidos del Comité de Milicias, según Abad de Santillán, del que él mismo fue miembro, incluía el establecimiento del orden revolucionario en la retaguardia, la creación de unidades de la milicia en vanguardia, la organización de la economía y la acción legislativa y judicial». ²⁷ Después de unos meses, los anarquistas entraron formalmente en la Generalidad, sobre todo porque el gobierno central no parecía dispuesto a proporcionar armas a cualquier otra organización catalana.

Debe tenerse en cuenta que esos consejos y comités anarquistas no eran Estados mínimos de blandos modales que mantuvieran el orden mientras permitían a los trabajadores organizarse como quisieran. Eran Estados «modernos», en lo concerniente a sus relaciones con la economía, la educación, la propaganda, el transporte y prácticamente con todo lo demás.

²⁶ Ibid, p. 207.

²⁷ Ibid, p. 393.

La posición de los anarquistas en el gobierno central y en Cataluña se redujo gradual y considerablemente tras su entrada en gobiernos de coalición con las demás facciones anti-franquistas. Un patrón común consistió en que los no-anarquistas impulsaran alguna medida contra la que los anarquistas se oponían; luego se resistían durante un breve periodo; y, por último, la aceptaban después de cambiar algunas denominaciones o detalles de menor importancia. En mayo de 1937, tras sólo diez meses en el poder, los anarquistas se encontraron con que los comunistas y otros de sus enemigos políticos les llevaban la delantera tanto a escala nacional como en las autonomías o regiones.

Hubo una serie de crisis de gabinete en el gobierno regional de Cataluña; el resentimiento de los que no eran anarquistas, especialmente de los comunistas, ante el continuo control de facto que los anarquistas ejercían en Barcelona se hizo más intenso que nunca. Mientras que los miembros de la CNT que ocupaban cargos en el gobierno de Cataluña siguieron intentando llegar a un entendimiento con sus compañeros ministros, los anarquistas de base parece que se habían alejado cada vez más de sus líderes.

Un allanamiento en la sede de la compañía telefónica, que estaba controlada por los anarquistas, sacó esos sentimientos a la superficie (los que no eran anarquistas se opusieron a la utilización de escuchas telefónicas por parte de los anarquistas para espiar importantes conversaciones). Los ministros de la CNT únicamente exigían que se cesara a los principales responsables del ataque; pero cientos de anarquistas de base respondieron con furia, levantando barricadas. Según la descripción del asunto que hace Bolloten: «Esa misma noche [3 de mayo] el comité ejecutivo del POUM se reunió con los comités regionales de la CNT, FAI y de las Juventudes Libertarias. Julián Gorkin, un miembro de la ejecutiva [del POUM-Bryan Caplan], recuerda: “nos planteamos el problema en estos precisos términos: Ninguno de nosotros ha instado a las masas de Barcelona a tomar esta acción. Es una respuesta espontánea a la agresión estalinista... [los comités regionales] no tomaron ninguna decisión”. Su mayor exigencia consistió en pedir la revocación del comisario [de policía] que había provocado el incidente. ¡Como si no hubiera distintas fuerzas respal-

dándole y que había que destruir! ¡Siempre la forma en vez de la sustancia!»²⁸

Como indica esa cita, la dirección anarquista estaba fuera de sintonía con las bases; pidió a los militantes que detuvieran la lucha. Sus peticiones no fueron escuchadas, como Bolloten señala: «Había fuerzas cuya intención era avivar el conflicto. No sólo eran los hombres de Rodríguez Salas quienes iniciaron nuevas acciones ofensivas, sino que el pequeño grupo trotskista de bolcheviques leninistas y los disidentes anarquistas amigos de Durruti, acompañados por algunos de los miembros más militantes del POUM, eran extremadamente activos. Mientras que los activistas ignoraron a la dirección anarquista, los ministros de la CNT trataron desesperadamente de negociar un acuerdo con sus colegas ministros de la Generalidad, que estaban llegados a este punto dispuestos a poner en peligro la autonomía catalana al permitir que las fuerzas armadas del gobierno central restablecieran el orden. Todo lo que los anarquistas lograron hacer fue obtener algunos retrasos y negociar sobre la formación de un nuevo gobierno, mientras engatusaban a las bases para que volviesen al redil. El secretario de la CNT Mariano Vázquez rogó de nuevo a los trabajadores que abandonaran las calles. “Os decimos que esta situación debe terminar... No queremos que este estigma caiga sobre los anarquistas españoles... Este no es el momento, frente a cadáveres amontonados, de discutir quién tiene razón. Es esencial que desaparezcáis con vuestras armas de las calles... No hemos de esperar a que otros lo hagan. Tenemos que hacerlo nosotros mismos. Después hablaremos. Si decidís, cuando tratemos sobre nuestra conducta en nuestra próxima asamblea, que merecemos ser fusilados, entonces nos fusiláis, pero ahora tenéis que obedecer nuestras consignas”...»²⁹

El resultado final fue que los refuerzos del gobierno central llegaron y colocaron firmemente el poder en manos de la Generalidad. El poder de los comunistas fue mucho mayor, tanto a nivel regional como nacional. Un nuevo gobierno central se formó con Juan Negrín como primer ministro. Bolloten documenta ampliamente que Negrín colaboró voluntariamente con los comunistas,

²⁸ Ibid, pp. 433-434.

²⁹ Ibid, pp. 451-452.

por lo que no debería ser una sorpresa que los anarquistas perdieran todos sus cargos en el gobierno central. Uno podría pensar que por esta cuestión estarían completamente desilusionados con el poder, pero los anarquistas asumieron ahora el degradante papel de mendigo político que iba a desempeñar durante el resto de la contienda. Al tiempo que condenaba al gobierno de Negrín como contrarrevolucionario, la dirección de la CNT intentaba llegar a un nuevo acuerdo. Cuando Negrín formó su segundo gobierno, le tiró un hueso a la CNT, dándole los ministerios de Educación y de Sanidad. Esto fue suficiente para retener la colaboración de la CNT hasta la derrota de la República.

Poco tiempo después del nombramiento de Negrín, la CNT perdió todos sus escaños en la Generalidad Catalana. Haciendo de la necesidad virtud, Bollo ten señala como *Tierra y Libertad* anunció que, «La CNT, con más de un millón de afiliados en Cataluña, ya no está con el gobierno. Esto se debe a que el anarco-sindicalismo no puede involucrarse con los políticos profesionales y no puede humillarse ante nadie... Se niega a contaminarse con este tipo de política sucia». ³⁰ En realidad, los parásitos de la CNT trataron repetidamente de recuperar algo de papel en el gobierno de Cataluña incluso cuando las fuerzas de Franco se estaban preparando para capturar Barcelona.

Una vez que la CNT dejó el gobierno, los comunistas intensificaron su persecución y el amedrentamiento de los anarquistas. Por otra parte, mientras que los anarquistas aglutinaban un porcentaje muy alto de soldados de la República, los comunistas tenían una representación enormemente desproporcionada en el cuerpo de oficiales. Es por ello que en vanguardia los anarquistas se convirtieron en carne de cañón para los comunistas, mientras la policía secreta comunista desataba su odio contra los anarquistas en la retaguardia. Tal y como señala Bollo ten «El terror espontáneo y sin dirección de la CNT y la FAI durante el apogeo de la Revolución había dado paso ahora al terror más sofisticado, dirigido de forma centralizada y por ello más temible de los comunistas». ³¹

³⁰ Ibid, pp. 495-496.

³¹ Ibid, p. 498.

Por supuesto, de entrada uno podría preguntarse cómo fue posible que las fuerzas anarquistas pactaran con los comunistas. ¿Cómo podían los adversarios declarados de la propia existencia del Estado unir sus fuerzas con los peones de la dictadura más asesina y totalitaria que el mundo había conocido nunca? Incluso si los principios morales no les detuviera, al menos la propensión de los bolcheviques a exterminar a sus aliados anarquistas podría haberles dado que pensar. A pesar de que muchos anarquistas se dieron por fin cuenta de que la derrota de Franco llevaría a la creación de un Estado satélite soviético, siguieron luchando. Es evidente que la oposición de los anarquistas a los nacionalistas empujó su disgusto ante el totalitarismo Leninista.

Por otra parte, tal vez la CNT anhelaba tan fuertemente el poder que estaba dispuesta a sacrificar muchos de los principios de autolimitada. Después de mayo de 1937, soportaron una considerable humillación a cambio de un papel insignificante en el gobierno de la República. ¿Hubo algún límite en materia de principios que los anarquistas no estuvieran dispuestos a sacrificar con tal de ser actores políticos menores? Aparentemente no. Stanley Payne indica que la dirección de la CNT en realidad trató de llegar a un acuerdo con los fascistas en 1945 y en 1946. Como explica Payne, un líder falangista «empezó llegado el verano a negociar con el nuevo secretario general clandestino de la CNT, José Leiva, en Madrid. Su objetivo era rescatar a la Falange ganándose el apoyo de los anarco-sindicalistas de la oposición para conseguir implantar un sindicalismo nacional más fuerte que tuviese un mayor apoyo popular. Franco finalmente rechazó las exigencias de la CNT y las negociaciones terminaron al año siguiente. Con ello se renovó la represión sobre dirección de la CNT». ³² ¿Cuál fue la naturaleza de la operación que la CNT buscó con la Falange? «De acuerdo con un informe presentado a Franco en mayo de 1946 la dirección de la CNT ofreció una política de cooperación, proponiendo retirarse del gobierno republicano en el exilio de Giral y aceptar a tres falangistas en su comité nacional, pero a cambio insistió en que se le diera libertad para hacer proselitismo». ³³

³² Payne, *op. cit.*, pp. 354-355.

³³ *Ibid.*, p. 355 n 34.

Este fue el anarquismo de la CNT: un anarquismo que no sólo se alió con los totalitarios comunistas, sino que trataba de llegar a un acuerdo para compartir el poder con los totalitarios fascistas seis años después del final de la guerra civil.

3. Los colectivos urbanos

Burnett Bolloten fue el primer historiador de la corriente mayoritaria en documentar los cambios sociales radicales que se produjeron en la España republicana; la mayoría de los historiadores anteriores dieron por buenas sin más las justificaciones que el gobierno de la República ofreció para excluir su responsabilidad, a pesar del hecho de que los republicanos tenían todas las razones para ocultar ese radicalismo con el fin de obtener la ayuda militar de Gran Bretaña y Francia. Bolloten explica que la CNT, y en menor medida la UGT, aprovecharon el caos para tomar el control de los medios de producción:

En Valencia, una ciudad de más de 350.000 habitantes, casi todas las fábricas, tanto grandes como pequeñas, fueron secuestradas por la CNT y por la UGT, al igual que las de la provincia de Alicante, mientras que en la región de Cataluña, donde los anarco-sindicalistas experimentaron un ascenso casi descontrolado, durante los primeros meses de la Revolución, la colectivización en muchas ciudades se llevó a cabo tan a fondo que abarcaba no sólo las grandes fábricas, sino a los ramos menos importante de la artesanía. El movimiento de colectivización también se extendió a otros dominios exclusivos de las clases medias. En Barcelona, la capital de Cataluña, con una población de cerca de 1,2 millones de habitantes, los trabajadores anarco-sindicalistas colectivizaron el negocio al por mayor de los huevos y del pescado, crearon un comité de control en el matadero, y no solo excluyeron a todos los intermediarios, sino que también colectivizaron el principal mercado de frutas y verduras y suprimieron todos los distribuidores y comisionistas, permitiéndoles, sin embargo, unirse al colectivo como asalariados. El comercio de la leche en Barcelona fue también colectivizado. Los anarco-sindicalistas eliminaron a más de cuarenta plantas lecheras declarándolas no higiénicas, pasteurizando

toda la leche en las nueve restantes, y desplazaron a todos los distribuidores estableciendo sus propios puntos de venta.³⁴

De hecho, esta política de cierre de fábricas parece haber sido tan importante para el programa de colectivización de la CNT como el resto. Estos cierres de fábricas se justificaron con variados argumentos: eran poco saludables para los trabajadores o poco saludables para los consumidores o simplemente «ineficientes». Como explica Bolloten, «después de las primeras semanas de convulsiones generalizadas y no coordinadas, algunos de los sindicatos comenzaron una reorganización sistemática y total de operaciones, a cerrar cientos de pequeñas fábricas y a concentrar la producción en las que tenían mejores equipos».³⁵ Cabe destacar que España todavía estaba en medio de la Gran Depresión, en 1935 la producción industrial española estaba, en general, alrededor de un 13% por debajo del nivel de 1929. La producción en julio de 1936 era alrededor de un 18% inferior a la de enero de 1936, por lo que la existencia de capacidad no utilizada no es ninguna sorpresa.³⁶ Lo que es extraño es que con un desempleo masivo, los anarquistas cerraran gran parte de las empresas que quedaban en vez de invitar a los trabajadores desempleados a unirse a ellas.

Inicialmente, fueron los propios trabajadores (y no una nomenclatura anarquista) quienes por lo general asumieron el control de sus centros de trabajo. Citando a Fraser, «una cosa dominó la revolución libertaria: la práctica de la auto-gestión —la administración por los propios trabajadores de sus fábricas e industrias—».³⁷ Sin embargo, el gobierno tomó poco tiempo después el control o, por lo menos, lo intentó. En octubre, el gobierno de Cataluña, dominado por los anarquistas aprobó el Decreto de Colectivización y Control Obrero que legalmente reconoció muchas de las colectivizaciones realizadas de facto.

Con el reconocimiento del gobierno llegó la regulación gubernamental, como Fraser indica: «Comités de empresa, elegidos por

³⁴ Bolloten, op. cit., p. 57.

³⁵ Ibid, p. 58.

³⁶ Thomas, op. cit., pp. 966,973.

³⁷ Fraser, op. cit., p. 210.

una decisión de la Asamblea de los trabajadores y que representaban a todos los sectores de la empresa, eran los encargados de administrar la fábrica colectivizada» asumiendo las funciones y responsabilidades de los Consejos de Administración anteriores. «Un representante de la Generalitat elegido de acuerdo con los trabajadores se sentaría en cada comité. Las empresas colectivizadas (y las empresas privadas bajo control obrero) de cada sector de la industria serían representadas en una Federación Económica, a su vez rematada por un comité industrial que en general controlaba de cerca a toda la industria. El 50 por ciento de las ganancias de una empresa colectivizada iría a un fondo de crédito industrial y comercial destinado a financiar a la totalidad de la industria Catalana; el 20 por ciento era para ser puesto en el fondo colectivo de reserva y depreciación; un 15 por ciento a las necesidades sociales del colectivo y el restante 15 por ciento lo asignarían los trabajadores decidiéndolo en una asamblea general».³⁸ Bolloten informa que esta medida fue «promovida por la CNT y firmada por su representante en el gobierno, Juan P. Fábregas, Consejero de Economía»³⁹ por lo que el principio de auto-gestión por los trabajadores fue rápidamente descartado a favor de algo mucho más parecido al Socialismo de Estado; un mero 15% de los beneficios quedaba por mandato legal bajo el control discrecional de los trabajadores.

Hubo cierta oposición interna a estas medidas. De Santillán, sucesor de Fábregas, mostró hostilidad hacia algunas de sus características y no hizo cumplir estrictamente la ley. Más importante aún, había un enorme vacío legal —las empresas tenían que pagar un porcentaje de sus ganancias—. Para no tener que pagar impuestos, bastaba con eliminar los beneficios. Con control de los trabajadores, hay una manera simple de hacer esto: seguir subiendo los salarios hasta que los «beneficios» desaparecen. Los impuestos sobre los beneficios —que en eso consistía el Decreto— traerían un aumento de los ingresos públicos si los trabajadores y los propietarios fueran personas de distinta pasta; pero bajo el control de los trabajadores esos impuestos eran fáciles de evadir. Testimonio tras testimonio da cuenta de la abolición del trabajo a

³⁸ Ibid, pp. 210-211.

³⁹ Bolloten, op. cit., p. 224.

destajo, de la mejora de las condiciones de trabajo, de generosas compensaciones no salariales y de otras medidas similares. Esto es *a priori* sorprendente ¿Si son los propios trabajadores quienes dirigen la fábrica, no tendrán acaso que sufrir las consecuencias de obstaculizar la producción? Si el gobierno grava la mayor parte de los beneficios de los trabajadores, la respuesta es no. Como dice Thomas «El sindicalismo industrial de Barcelona se limitó, a diferencia de en las zonas rurales controladas por los anarquistas, a los salarios individuales y no experimentó con los salarios de las familias. Es cierto que probablemente estos salarios aumentarían a finales de 1936 en alrededor de un tercio con respecto a julio. Pero sus efectos se vieron arruinados por la inflación, por la caída de la producción, la escasez de crédito así como una afluencia de refugiados de Castilla y Aragón».⁴⁰

Por lo tanto, debido a la débil aplicación y fácil evasión de las regulaciones e impuestos del gobierno, parece que algunos trabajadores se comportaron como nuevos copropietarios de los bienes de sus ex-empleadores. Esto generó una vaga aprensión entre muchos anarquistas y la experiencia pronto les permitió expresar sus preocupaciones. El anarquista José Peirats describe acertadamente su esencial preocupación: «Fortificadas tras sus respectivos colectivos, las industrias simplemente se limitaron a sustituir a los viejos compartimientos estancos del capitalismo y terminaron inevitablemente cayendo en la burocracia, el primer paso hacia una nueva sociedad de desiguales. Los colectivos terminaron librando las mismas guerras comerciales contra otros con la misma combinación de celo y mediocridad que caracterizó a los viejos negocios burgueses. Y por ello intentaron ampliar el concepto de colectivismo para incluir, de manera estructural y permanente, a todas las industrias en un cuerpo armonioso y desinteresado».⁴¹ Joan Ferrer, secretario de los empleados del comercio del sindicato CNT pudo confirmar el temor de Peirats «Llegó como un shock psicológico a algunos trabajadores encontrarse de repente liberados de la tutela capitalista. Intercambiando un individualismo por otro, con frecuencia creyeron que ahora que los propietarios ya no estaban,

⁴⁰ Thomas, op. cit., p. 528.

⁴¹ José Peirats, op. cit., p. 125.

eran ellos los nuevos propietarios. A pesar de que en este caso afectaba a los trabajadores de cuello blanco, el problema no se limitaba a ellos...».⁴²

En pocas palabras, después de que se dijera a los trabajadores que ellos eran ahora los propietarios de los medios de producción, a menudo entendieron esa declaración al pie de la letra ¿De qué sirve poseer los medios de producción si uno no puede emplearlos para hacerse rico? Pero por supuesto, si algunos trabajadores se hacen ricos, es poco probable que den voluntariamente sus beneficios a los demás miembros de su clase. Esto parece elemental después de una reflexión, pero sólo la experiencia práctica fue capaz de revelar esto a los reformadores económicos de la Revolución Española.

Fraser explica que en una conferencia conjunta del sindicato textil de la CNT-UGT «El sindicato de trabajadores de la madera intervino criticando ese estado de cosas, alegando que, mientras que talleres pequeños y no rentables se quedaban a luchar lo mejor que podían, la colectivización de empresas rentables no estaba dando lugar sino a la creación de dos clases; la de los nuevos ricos y la de los eternamente pobres. Rechazamos la idea de que deba haber colectivos ricos y pobres y ése es el verdadero problema de la colectivización». ⁴³ Bolloten repite una observación de Ricardo Sanz, un líder de la milicia de la CNT: «Las cosas no van tan bien como en los primeros días del movimiento [revolucionario]... Los trabajadores ya no piensan en trabajar largas horas para ayudar a los que están en el frente. Solamente piensan en trabajar lo menos posible y conseguir los salarios más altos posibles».⁴⁴ Bolloten atribuye ese menor entusiasmo a la represión comunista, pero es igualmente congruente con la simple observación de que las personas a menudo prefieren mejorar su propia suerte en la vida a alimentar una revolución.

En resumen, la experiencia práctica revela gradualmente una verdad básica de la Economía para la que la reflexión teórica habría sido suficiente: si los trabajadores se hacen cargo de una fáabri-

⁴² Fraser, op. cit., p. 220.

⁴³ Ibid, p.231.

⁴⁴ Bolloten, op. cit., p. 499.

ca, van a gestionarla en beneficio propio. Una empresa gestionada por los trabajadores es esencialmente idéntica a una empresa capitalista en la que los trabajadores son además accionistas. Una vez que llegaron a esta conclusión, aunque fuera débilmente, los anarquistas españoles tuvieron que adoptar el capitalismo como corolario del control de los trabajadores o denunciar el control de los trabajadores como corolario del capitalismo. En su mayor parte, eligieron la segunda opción.

Como escribe Bolloten, «Los anarco-sindicalistas, contrariamente a lo que comúnmente se cree, tenían sus propios planes para el control de todo el país y para racionalizar la producción. Estando de raíz opuestos al control estatal o a la nacionalización, defendieron la centralización —o la socialización como ellos la llamaban— y la entrega de la gestión de ramas enteras de la producción a sindicatos. “Si la nacionalización se llevase a cabo en España como quieren los socialistas y comunistas” dijo un periódico anarquista, “deberíamos estar en camino de una dictadura, ya que mediante la nacionalización de todo, el gobierno se convertiría en el dueño, el jefe, el jefe absoluto de todo y de todos”...»⁴⁵ La solución anarquista ante este peligro de dictadura absoluta consistió en llamar a la dictadura absoluta con un nombre diferente. «En opinión de los anarco-sindicalistas», explica Bolloten, «la socialización eliminaría los peligros del control gubernamental al colocar la producción en manos de los sindicatos. Esta era la concepción libertaria de la socialización, sin la intervención del Estado, eliminaría los restos de competencia y las duplicidades, haría posible la planificación de toda la industria, tanto para las necesidades civiles como militares y detendría el crecimiento de las acciones egoístas de los trabajadores de los colectivos más prósperos al emplear sus beneficios en elevar el nivel de vida en las empresas menos favorecidas».⁴⁶ Por supuesto, uno podría negarse a llamar «Estado» a un sindicato provisto de tan temibles poderes, pero necesitaría de todo el aparato represivo y de toda la autoridad de un Estado para ejecutar sus objetivos. «Los colectivos más prósperos», por ejemplo, sería poco

⁴⁵ Ibid, p. 225.

⁴⁶ Ibid.

probable que se sometieran voluntariamente a una planificación integral de la industria financiada con sus beneficios.

Los nacionalistas conquistaron Cataluña antes de que el gobierno hiciera oficialmente ningún esfuerzo concertado para nacionalizar las fábricas de los trabajadores. Pero es dudoso que, de haberse producido esa nacionalización, el gobierno se hubiera encontrado con mucha resistencia de la CNT.

Al describir las conferencias de la CNT de septiembre de 1937 y enero de 1938, Thomas afirma: «A pesar de que se plasmaran sugerencias para la reforma, la mayoría de las ideas presentadas buscaban mejorar la situación existente; el aspecto milenarista del anarquismo casi había desaparecido. Lo que quedaba parecía no ser más que un movimiento federalista, sin organización nacional eficaz, que, en general, aunque a regañadientes, dio su apoyo al gobierno. Bajo la influencia del pragmático ex-secretario general de la CNT Horacio Prieto, los anarquistas fueron persuadidos de que tenían que aceptar la idea de la nacionalización de las grandes industrias y de los bancos a cambio de la colectivización de las pequeñas industrias y de la tierra, así como de la “municipalización” de los servicios locales».⁴⁷

Aunque la expropiación formal de los trabajadores no se produjo, el gobierno utilizó con frecuencia su control sobre el sistema monetario y sobre la banca española para nacionalizar clandestinamente los medios de producción. Por razones ideológicas, los anarquistas siempre habían evitado trabajar en el sector bancario, por lo que los trabajadores que se hicieron con el control de los bancos eran miembros de la UGT socialista en lugar de la anarquista CNT. Para obtener crédito, los anarquistas tenían que obtener un préstamo de los bancos controlados por los socialistas o bien recibir un rescate del gobierno central. Bolloten explica el dilema de los colectivos de trabajadores:

Otro obstáculo para la integración de la industria en una economía libertaria reside en el hecho de que un gran número de empresas controladas por la CNT estaba en un estado de insolvencia o cuasi insolvencia y se veían obligadas a buscar la intervención

⁴⁷ Thomas, *op. cit.*, p. 784.

del gobierno para asegurarse ayuda financiera ... Tanto en Cataluña como en el resto de la España republicana, esta situación creó graves problemas económicos para los colectivos de la CNT. Tan desesperados estaban algunos de ellos que el anarco-sindicalista Juan Peiró, Ministro de Industria, recomendó abiertamente la intervención del gobierno central, tras recibir su departamento más de once mil solicitudes de fondos solo en el mes de enero de 1937.⁴⁸

Fraser y Thomas corroboran el análisis de Bolloten. «Había comités», explica Fraser, «que ... simplemente continuaban presentando sus nóminas a la Generalitat y ésta las pagaba en vez de intentar conseguir que sus empresas funcionaran».⁴⁹ En la nota al pie, Fraser añade: «Esto se institucionalizó más tarde con el nombre de Monte de Piedad, mediante el cual los trabajadores de las empresas deficitarias recibían sus salarios a cambio de empeñar los bienes de capital y las existencias de sus empresas con la Generalidad — una medida que dio a ésta el control virtual de las empresas—».⁵⁰ En una línea similar, Thomas escribe que: «en todas las grandes industrias, y en las industrias importantes para la guerra, un representante del Estado se sentó en el comité. Sería el responsable de controlar el crédito y, a veces, las materias primas. Su papel se hizo más y más importante, por lo que, en algunas empresas (especialmente las fábricas de municiones), pronto se lograría algo parecido a una nacionalización».⁵¹ Fuera de Cataluña, el gobierno central... procuró colocar todas las fábricas bajo la supervisión del Estado, ya estuvieran nacionalizadas o fueran de gestión privada. Para conseguirlo, el crédito se hizo difícil para las fábricas anarquistas y el gobierno les impuso muchas más dificultades... Esto ocurrió a pesar de que, nominalmente, había un anarquista, Peiró, en el Ministerio de Industria.⁵²

Peiró inicialmente intentó impulsar la colectivización de toda la industria mediante un Decreto pero el Primer Ministro Caballero sofocó la idea ya que alejaría a los capitalistas extranjeros y a sus

⁴⁸ Bolloten, op. cit., pp. 226-227.

⁴⁹ Fraser, op. cit., p. 211.

⁵⁰ Ibid, n. 1.

⁵¹ Thomas, op. cit., p. 529

⁵² Ibid, p. 531.

gobiernos. A continuación, Bolloten explica, «Peiró dio entonces nueva redacción a su Decreto... Del gabinete el Decreto pasó a una Comisión Ministerial que, según Peirats, lo convirtió en un esqueleto. Pero el calvario no había terminado. Para poner sus medidas en práctica hacía falta dinero, es decir, un presupuesto que debía ser concedido por el Ministro de Hacienda [Juan Negrín]. Éste regateó como un usurero para finalmente conceder una suma insignificante... por último, el Banco Industrial intervino, lo que redujo la cantidad aún más».⁵³

La forma más sencilla mediante la que los colectivos de trabajadores podrían haber evitado depender del gobierno habría consistido en emitir deuda; en definitiva, pedir un préstamo al público en general y no al gobierno. Pero sin duda, el temor a revelar la existencia de un excedente de riqueza disponible para préstamos haría imposible ese planteamiento. Aún en el caso de que su seguridad física no les preocupara, los inversores no podían esperar recuperar su dinero. Por tanto, la inseguridad de los derechos de propiedad hizo que fuera muy difícil obtener préstamos del público con lo que los propios colectivos se hipotecaron poco a poco con el gobierno hasta que finalmente éste, y no los trabajadores, era quien poseía los medios de producción.

Fraser sostiene que, «Estas dificultades podrían haberse mitigado si el fondo industrial y comercial previsto por el Decreto se hubiese establecido rápidamente, porque uno de sus propósitos era canalizar fondos de los colectivos más ricos a los más pobres. Se tenía que financiar con un gravamen del 50 por ciento de los beneficios de un colectivo».⁵⁴ Aunque se hubiera aplicado, casi todas las fuentes indican que los beneficios eran casi inexistentes; posiblemente, como ya he señalado, porque los trabajadores eran lo bastante listos como para darse cuenta de que el aumento de sus salarios y la mejora de las condiciones de trabajo eran el camino más fácil para evitar toda tributación de los beneficios. Aunque esto hubiese impedido que los colectivos se convirtieran en dependientes del gobierno central, el resultado final sería hacerlos depen-

⁵³ Bolloten, op. cit., p. 227.

⁵⁴ Fraser, op. cit., p. 232.

dientes de un sindicato tan poderoso que era un Estado en todo menos en el nombre.

Fraser cita a Albert Pérez Baró, funcionario y ex-miembro de la CNT: «Esta medida verdaderamente revolucionaria [un impuesto sobre los beneficios del 50 por ciento] —aunque rara vez, o nunca, se aplicase— no fue bien recibida por un gran número de trabajadores, demostrando, por desgracia, que su comprensión del alcance de la colectivización era muy limitado. Sólo una minoría entendió que la colectivización significaba la devolución a la sociedad de lo que los capitalistas se habían históricamente apropiado...»⁵⁵ En otras palabras, la mayoría de los trabajadores interpretaron que el control obrero significaba que ellos se convertían realmente en los auténticos propietarios de sus puestos de trabajo, con todos los derechos y privilegios a ello inherentes. Sólo la élite se percató de que el control obrero no era más que un eufemismo de «control social» que a su vez sólo podía significar control por el Estado (o por un «consejo», «comité» o «sindicato» anarquista, que se ajustaba a la definición weberiana de Estado).

4. La militarización

En las primeras etapas de la guerra, los militantes de diversos partidos y sindicatos de izquierda combatieron con frecuencia contra los miembros del ejército nacional rebelde. No hay duda de que los militantes de la CNT sofocaron golpes militares en varias regiones y fueron inicialmente la vanguardia de las fuerzas antifranquistas. «No había cuerpo militar central que pudiera supervisar la situación en todos los frentes de batalla, formulara un plan de acción común y decidiera sobre la asignación de los suministros disponibles en hombres, munición, armas y vehículos de motor de forma que se obtuvieran los mejores resultados en el frente más prometedor», explica Bolloten. «Tampoco se podía esperar tal control central en los primeros días de iniciativa individual y actividad espontánea». «Todos recordamos», escribe un simpatizante republicano, «cómo empezamos a hacer la guerra.

⁵⁵ Ibid.

Nos reuníamos unos amigos, nos subíamos a un camión o a un coche que teníamos o que habíamos confiscado, uno con una escopeta, otro con un revólver y un par de cartuchos y nos íbamos por la carretera a buscar a los fascistas. Cuando llegábamos a un punto en el que encontrábamos resistencia, luchábamos y cuando se agotaban las municiones, por lo general, no retirábamos pero no a una posición defensiva... sino a nuestro punto de partida».⁵⁶ Bolloten añade la observación de que, «para empeorar las cosas, cada partido y cada sindicato tenía su propia sede militar que, en la mayoría de los casos, asistía a las exigencias de su propia milicia sin ningún conocimiento o relación respecto de las necesidades o planes militares de otras unidades en el mismo o vecino sector y menos aún de las que estaban en frentes distantes...»⁵⁷

Si bien todas las milicias se resistieron, hasta cierto punto, a la disciplina militar, Bolloten afirma que en un primer momento las milicias anarquistas resistieron enérgicamente porque se tomaron en serio sus ideales: «Las milicias de la CNT-FAI reflejaron los ideales de igualdad, libertad individual y ausencia de disciplina obligatoria que eran parte integrante de la doctrina anarquista. No había ninguna jerarquía de oficiales, saludo militar ni reglamentación».⁵⁸ Por desgracia para los anarquistas, esta falta de disciplina hizo que su milicia fuera bastante ineficaz a pesar de su frecuente superioridad numérica. No pasó mucho tiempo hasta que la dirección anarquista decidió que el éxito militar era más importante que las nociones voluntaristas de la tropa. *Solidaridad Obrera* pronto escribió a favor de una más estricta disciplina: «Porque aceptar la disciplina significa que las decisiones tomadas por los compañeros asignados a cualquier tarea en particular, ya sea administrativa o militar, deben ser ejecutadas sin ninguna obstrucción en nombre de la libertad, una libertad que en muchos casos degenera en libertinaje».⁵⁹ Aunque muchos miembros de la clase de tropa se resistieron, la disciplina militar se hizo rápidamente común en las milicias anarquistas.

⁵⁶ Bolloten, op. cit., p. 259.

⁵⁷ Ibid.

⁵⁸ Ibid, p. 261.

⁵⁹ Ibid, p. 263.

Pronto se hizo evidente que el gobierno de la República intentaba formar su propio ejército nacional. Los ministros anarquistas se opusieron; Bollothen señala que, además de escrúpulos ideológicos, los anarquistas deseaban conservar el control militar e impedir que cayera en manos de los comunistas. Para contrarrestar esta tendencia hacia un ejército nacional, explica Bollothen, «Los líderes de la CNT-FAI habían propuesto en septiembre de 1936 que se crease una milicia de guerra sobre la base del servicio militar obligatorio y bajo el control conjunto de la CNT y la UGT...»⁶⁰ En apenas dos meses, los anarquistas abogaban abiertamente a favor del reclutamiento forzoso —por que se esclavizase a los hombres jóvenes para que matasen o muriesen— en tanto los reclutas se veían obligados a arriesgar sus vidas por la causa de la CNT (como durante esta etapa la UGT mantuvo la lealtad de una proporción mucho menor de la clase obrera, el control conjunto de la CNT y de la UGT supuso claramente que la UGT desempeñara en el mejor de los casos un papel menor).

A pesar de su presencia en el gobierno nacional, explica Bollothen, «el movimiento libertario no pudo utilizar su participación en el gobierno para alzar su voz en el ámbito militar o incluso frenar el avance de los comunistas, sino que al final se vio obligado a circunscribir sus esfuerzos a mantener el control de sus propias unidades de la milicia y asegurarse el suministro de armas desde el Ministerio de Guerra».⁶¹ El Ministerio de la Guerra tenía muchas palancas para garantizar que las milicias anarquistas cumplieran. No sólo podían dar o negar armas, equipos y demás. El gobierno también puso a las milicias anarquistas en la nómina del gobierno con lo que después podría amenazar con retener el dinero de cualquier unidad que se resistiera a las decisiones del gobierno.

La decisión más importante que tomó el gobierno fue la de «para-militarizar» las milicias: en suma, absorberlas en el ejército del gobierno y someterlas al régimen militar ordinario. La mayor parte de las columnas de milicianos se sometieron rápidamente, aunque no está claro en qué medida esto se debió a que estaban siguiendo las órdenes de la dirección anarquista o atraídos por el

⁶⁰ *Ibid.*, p. 324.

⁶¹ *Ibid.*, p. 325.

dinero y las armas del gobierno central. Una excepción notable fue la llamada Columna de Hierro. «Ninguna columna», explica Bolloten, «representó mejor el espíritu del anarquismo, no hubo columna que fuera más vehementemente contraria a las incoherencias del movimiento libertario entre la teoría y la práctica y que exhibiera una enemistad más vibrante hacia el Estado, que la Columna de Hierro...»⁶² Bolloten cita a uno de los miembros de la columna de Hierro, en cuyas palabras hay claramente un fuerte matiz de crítica a los anarquistas que colaboraban con el gobierno: «Nosotros no aceptamos nada que vaya en contra de nuestras ideas anarquistas, ideas que deben convertirse en realidad, porque no se puede predicar una cosa y hacer otra».⁶³

No alabemos su idealismo en demasía, hay que señalar que la Columna de Hierro, aparentemente no vio ninguna contradicción entre el anarquismo, el terrorismo y el robo. «En los primeros meses de la guerra», afirma Bolloten, «había sido capaz de confiar en sus propias campañas de reclutamiento y en las confiscaciones llevadas a cabo con la ayuda de los comités controlados por anarquistas en los pueblos y ciudades de la retaguardia. “Durante nuestra estancia en Valencia”, rezaba un manifiesto publicado por la columna, “nos dimos cuenta de que, mientras que nuestras negociaciones para la compra de armas habían fracasado, debido a la falta de dinero en efectivo, en muchas tiendas había una gran cantidad de oro y otros metales preciosos, y fue esta consideración la que nos indujo a apoderarnos del oro, plata y platino de varias joyerías”...» «Alrededor de octubre [1936]», relata el historiador [Rafael Abella–Bryan Caplan], «la columna abandonó el frente... y se marchó de expedición a Valencia [que estaba bajo control republicano–Bryan Caplan] sembrando el pánico a su paso. Su objetivo era limpiar la retaguardia de todos los elementos parásitos que ponían en peligro los intereses de la revolución. En Valencia, irrumpieron en hoteles y restaurantes, aterrorizando la ciudad. En una incursión a tiendas de joyería se apoderaron de todo el oro y la plata que pudieron encontrar».⁶⁴

⁶² Ibid, p. 333.

⁶³ Ibid.

⁶⁴ Ibid, p. 334.

A medida que el gobierno central reafirmó su autoridad, tales incursiones en las ciudades republicanas se volvieron demasiado peligrosas; pero como la Columna de Hierro seguía arremetiendo contra la colaboración anarquista en el gobierno del Frente Popular, la Columna de Hierro también se vio incapaz de obtener recursos legalmente. La Columna de Hierro siguió negándose a la militarización, pero el gobierno central intensificó su presión sobre las discrepantes milicias.

El Ministerio de la Guerra, no sólo había decidido retener las armas de todas las unidades de milicianos que se negaran a reorganizarse según las indicaciones prescritas, sino que había decretado, aunque con una redacción cuidadosa, que los pagos a todos los combatientes —que en el caso de la milicia se había previamente realizado a cada columna mediante entrega de una suma global sin supervisión y con independencia de cual fuera su estructura— de ahora en adelante se distribuirían por medio de habilitados de caja adscritos a cada batallón. Como el Decreto no hacía mención de que fuera a haber habilitados de caja en unidades que no hubiesen adoptado una estructura militar, quedaba claro que si la columna de Hierro se aferraba a su estructura de milicia no tardaría en llegar el momento en que tendría que suspender los pagos.⁶⁵

Al final, algunos miembros de la Columna de Hierro desertaron para no enfrentarse a una militarización (noventa y siete hombres fueron denunciados como desertores por sus compañeros anarquistas) mientras que los otros se doblegaron e unieron al ejército regular.

Para ser más precisos, la mayor parte de los efectivos de la Columna de Hierro se unieron a unidades que, aunque nominalmente formaban parte del ejército del gobierno central, en realidad eran parte del feudo privado de la CNT. Mientras que los comunistas hicieron todo lo posible para establecer unidades «mixtas» en lo ideológico (con un poco de suerte bajo el mando de oficiales comunistas), los anarquistas intentaron con mucha firmeza mantener unidos a los soldados anarquistas. Tan ansiosa estaba la dirección anarquista en formar una fuerza armada que estuvieran de facto

⁶⁵ Ibid, p. 335.

bajo su control, que el Congreso Nacional de la CNT aprobó libremente el reclutamiento forzoso —con una condición—:

A pesar de que un congreso nacional de la CNT decidió aceptar la movilización de las dos clases anunciadas por el gobierno, lo hizo dando por entendido que todos los hombres con carnet de afiliado anarco-sindicalista serían reclutados por la CNT para servir en sus propias unidades de milicianos. En Cataluña, el comité regional de la CNT declaró en referencia a esta decisión: «Como sería muy infantil entregar a nuestras fuerzas al control absoluto del gobierno... el Congreso Nacional ha decidido que todas las personas de las dos clases [movilizadas] que pertenezcan a nuestra organización sindical deben presentarse de inmediato al cuartel de la CNT o, en su defecto, a los comités de defensa de los sindicatos o [de la CNT] [de su localidad], que tomará nota de su filiación, su edad, su empleo, la clase a la que pertenece, su dirección y todos los datos necesarios ... Este comité emitirá tarjetas de miliciano que se enviarán a los compañeros alistados, que, por supuesto, a partir de ahora estarán a disposición del Comité regional, que los asignará a la columna o frente que elegido»...⁶⁶

De esta manera, el anarquismo español abandonó hasta la pretensión de servir voluntariamente en las fuerzas armadas. En vez de defender el derecho del individuo a elegir si deseaba o no unirse al ejército, la CNT se limitó a hacer todo lo posible por conseguir su justa parte del cupo de desventurados reclutas.



⁶⁶ Ibid, p. 346.

Como evidencian las observaciones respecto de la Columna de Hierro, la CNT no hizo ningún intento por subsistir exclusivamente de las aportaciones voluntarias en tiempo de servicio y recursos. Aceptó rápidamente las dádivas del gobierno. Lo que es aún más importante, los anarquistas españoles no perdieron ocasión de apoderarse de los recursos necesarios. En la mayoría de los casos, lo hicieron en las zonas donde constituían el poder dominante; el saqueo caótico de la Columna de Hierro se vio eclipsado por el saqueo oficial de los distintos comités y consejos anarquistas. Sin embargo, quedaban pocos metales preciosos y divisas que robar, al menos que estuvieran a la vista; la verdadera fuente de riqueza eran los seres humanos. Como se expone en la siguiente sección, cuando los anarquistas se dieron cuenta de que podían extraer alimentos y valiosos productos agrícolas de los colectivos forzosos de aterrizados campesinos, se les brindó una oportunidad que simplemente era demasiado buena como para dejarla pasar.

5. Los colectivos rurales

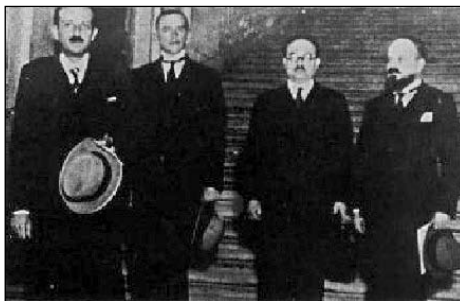
En agosto de 1937, el primer ministro Juan Negrín ordenó en secreto a las fuerzas del gobierno bajo la dirección de los comunistas que disolvieran el Consejo de Aragón, un organismo controlado por los anarquistas que gobernaba de hecho en una región que estaba en zona republicana. Una de las acciones principales de esta operación dirigida por los comunistas iba dirigida a destruir los colectivos rurales controlados por los anarquistas. Para justificar su acción, los comunistas acusaron a los anarquistas de imponer la colectivización forzada a un campesinado hostil. Teniendo en cuenta la colectivización forzada y el terror de las hambrunas padecidas en la Unión Soviética de Stalin tan solo unos pocos años antes, era ésta una curiosa acusación.⁶⁷ Pero con todo y con eso, hacerlo, lo hicieron, al tiempo que el movimiento anarquista, sin-

⁶⁷ Sobre la colectivización forzada de Stalin véase esp. Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine* (Nueva York: Oxford University Press, 1986).

tiéndose atacado, denunciaba a los comunistas por su brutalidad al servicio de la contrarrevolución. Como Bolloten escribe:

La población de Aragón, especialmente el campesinado, según nos cuenta la historia oficial comunista de la Guerra Civil, aclamó con entusiasmo indescriptible la disolución del gobierno, pero Ricardo Sanz, el comandante anarco-sindicalista de la vigésimo sexta División, pinta una imagen menos radiante. Según él, la undécima División tomó al asalto los centros oficiales en Caspe y detuvo a la mayoría de los oficinistas, disolviendo el gobierno de Aragón por la fuerza. «Se tomaron medidas severas contra todos los pueblos, atacando a las colectividades campesinas. Se les despojó de todo —de las bestias de labor, de alimentos, de aperos agrícolas y edificios— e iniciaron una feroz represión y persecución de los miembros del colectivo»...⁶⁸

Uno tendría que ser tonto para creerse las palabras de un comunista. Aún así, el hecho de que la acusación la originasen los comunistas no es razón para impedir una investigación objetiva y verificar la veracidad de sus afirmaciones. Los comunistas fueron con frecuencia los autores de los informes de las atrocidades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial; ¿Significa esto que cualquier estudio histórico de los campos de concentración nazis es sospechoso? Por supuesto que no. Simplemente significa que uno debe poner especial cuidado a la hora de buscar fuentes independientes y no contaminadas por la maquinaria de propaganda comunista (por ello, como las pruebas de Thomas del carácter involuntario de los colectivos proviene casi en su totalidad de fuentes comunistas, las omito)



The only power to establish diplomatic relations with the Republic during the war was the Soviet Union, whose Ambassador, Marcel Rosenberg (first left) is seen here after presenting his credentials to President Azaña.

⁶⁸ Bolloten, op. cit., p.526.

Con esto en mente, repasamos a continuación la historia de los anarquistas y de la colectivización rural. Como hasta ahora hemos venido haciendo, la obra de Burnett Bolloten que lleva por título *The Spanish Civil War* es la referencia más frecuente, tanto por su gran objetividad como por su exhaustividad. En este tema en particular, las palabras de Bolloten resuenan con mayor intensidad si cabe, porque fue Bolloten, más que ningún otro historiador, quien documentó la propaganda engañosa y la ambición de poder absoluto del movimiento comunista español.

Tras el intento de golpe militar de julio de 1936, en muchas zonas rurales se produjo una revolución de tinte algo similar a la ocurrida en las zonas urbanas. Cabe señalar, sin embargo, que el poder de la CNT se centraba en las ciudades en lugar de las zonas rurales, por lo que sería extremadamente sorprendente que la revolución rural fuese algo tan «espontáneo» como la revolución urbana. «Empezaron a surgir muy rápidamente colectivos, en los que no sólo los medios de producción, sino también el consumo estaban socializados», explica Fraser. «No sucedió porque la dirección de la CNT hubiese dictado instrucciones en ese sentido —como tampoco ocurrió con los colectivos de Barcelona—. Aquí, como allí, la iniciativa vino de los militantes de la CNT; aquí, como allí, el ‘clima’ para la revolución social en la retaguardia fue creado por la fuerza armada de la CNT: el dominio de las calles de Barcelona por parte de los anarco-sindicalistas se reeditó en Aragón cuando entraron las columnas de milicianos de la CNT, formadas principalmente por trabajadores anarco-sindicalistas catalanes. En los pueblos en los que había un núcleo de anarco-sindicalistas, éstos aprovecharon el momento para llevar a cabo la tan esperada revolución y colectivización de forma espontánea. Cuando no había ninguno, los vecinos podían encontrarse bajo una presión considerable de las milicias para colectivizarse...»⁶⁹ Nótese bien que lo que destaca Fraser es que en el Aragón rural los anarquistas consiguieron imponerse en gran medida gracias al apoyo de los anarquistas catalanes de zonas urbanas. Sin embargo la exagerada pretensión anarquista de que ellos eran quienes representaban «al pueblo»,

⁶⁹ Fraser, op. cit., p. 349.

aunque es cierta en el caso de Barcelona, es una afirmación absurda en el caso del Aragón rural.

Bolloten da más detalles sobre las etapas iniciales de la revolución rural. «Aunque de inmediato no se aplicaron reglas severas dirigidas a establecer el comunismo libertario, el procedimiento fue más o menos el mismo en todas partes. En cada localidad donde se instituyó el nuevo régimen se creó un comité de la CNT-FAI. Dicho comité no sólo ejercía el poder legislativo y el ejecutivo sino que también administraba justicia. Uno de sus primeros actos fue abolir el comercio privado y colectivizar la tierra de los ricos, y muchas veces la de los pobres, así como los edificios, instalaciones, máquinas, animales de labor y medios de transporte. Excepto en casos raros, los peluqueros, panaderos, carpinteros, zapateros, médicos, dentistas, maestros, herreros y sastres también cayeron bajo el sistema colectivo. Las existencias de alimentos, ropa y otras necesidades se concentraron en un depósito comunal bajo el control del comité local; y la iglesia, si no había quedado inutilizada por el fuego, se convirtió en almacén, comedor, cafetería, taller, escuela, garaje o cuartel. En muchas comunidades el dinero para uso interno fue abolido...»⁷⁰

A los anarquistas apenas les costó un mes hacerse con el gobierno de aquellas partes de Aragón que estaban bajo su control, denominándolo eufemísticamente con el apelativo «Consejo Regional de Defensa de Aragón». Como explica Thomas, *“Los colectivos establecidos en Aragón —la CNT afirmó más tarde que había 450 de ellos— celebraron una conferencia a finales de septiembre ... Instituyeron un ‘Consejo de Defensa’ regional, compuesto por miembros de la CNT y presidido por Joaquín Ascaso, un primo del famoso anarquista muerto en julio. Tuvo su sede en Fraga, y desde allí ejerció el poder supremo sobre todo el Aragón revolucionario”*.⁷¹ Los anarquistas enfurecieron a las otras facciones republicanas por excluirlos del Consejo de Aragón, pero era poco lo que podían hacer. Por consiguiente, mientras que el comportamiento del gobierno de Cataluña fue un compromiso entre anarquistas y otras facciones, las acciones del Gobierno de Ara-

⁷⁰ Bolloten. cit., pp. 65-66.

⁷¹ Thomas, op. cit., p. 430.

gón revelan las inclinaciones anarquistas por mantener un gobierno sin divisiones.



Muchas personas huyeron por temor a perder la vida. Sus tierras fueron expropiadas casi inmediatamente. Después de todo, ¿Quién sino un «fascista» huiría? La expropiación de tierras de quienes estaban demasiado aterrados ante el nuevo régimen, como para quedarse y esperar a ver cómo sería su nueva vida, constituyó el núcleo en torno al que se formaron los colectivos. Bolloten cita a una autoridad, que explica que, «Se expropió aproximadamente un tercio de todas las tierras y (desde que se produjo la colectivización principalmente de las tierras de cultivo) entre la mitad y dos tercios de toda la tierra cultivada en la España republicana. Por una cruel ironía, las víctimas eran en su mayoría pequeños y medianos propietarios, ya que la mayoría de las zonas de latifundio había caído en manos de los nacionalistas...»⁷² Aunque los anarquistas de vez en cuando hablaban de derribar el feudalismo, no hicieron tal cosa; como señala Fraser, en España el feudalismo había sido abolido en gran medida a finales del siglo XIX. «En el transcurso de un siglo, la burguesía siguió ampliando sus propiedades hasta que, en la década de 1930, aproximadamente el 90 por ciento de las tierras agrícolas de España estaba en sus manos, el resto era propiedad de la alta nobleza».⁷³

Los agricultores que huyeron para salvar la vida no fueron obviamente participantes voluntarios en el experimento de colectivi-

⁷² Bolloten, op. cit., p. 62.

⁷³ Fraser, op. cit., pp. 36-37.

zación anarquista. ¿Qué pasó con el resto? Una de las afirmaciones persistentes de los defensores de los colectivos anarquistas es que los agricultores tuvieron por lo general «libertad de elegir»: O bien pudieron formar parte del colectivo o bien seguir cultivando de forma individual siempre que no contrataran a ningún trabajo remunerado.

La inmensa mayoría de las pruebas revela que los defensores de los colectivos están sencillamente equivocados. Bolloten nos dice que:

A pesar de que las publicaciones de la CNT-FAI citan numerosos casos de campesinos propietarios y arrendatarios que se habrían adherido voluntariamente al sistema colectivo, no puede haber ninguna duda de que un número incomparablemente mayor se opuso tenazmente o lo aceptó sólo bajo coacción extrema.⁷⁴

Bolloten pasa a explicar que era la presencia de la milicia anarquista lo que hizo posible la colectivización. Los militantes anarquistas, convencidos de su superioridad intelectual, llegaron con un plan para brindar a los agricultores una nueva vida:

«Nosotros como milicianos, debemos despertar en estas personas el espíritu que ha sido anestesiado por la tiranía política», decía un artículo publicado en un periódico de la CNT, en referencia a los aldeanos de Farlete. «Debemos dirigirlos por el camino de la verdadera vida, y para ello no es suficiente con aparecer un día por el pueblo, hay que proceder con la conversión ideológica de estos simples pueblerinos»...⁷⁵ La arrogancia y el paternalismo de estas observaciones es clara. ¿No cabía ninguna posibilidad de que los agricultores pudieran tener la razón y de que los anarquistas pudieran estar equivocados?

Bolloten da más detalles; debido a la presencia de las fuerzas armadas anarquistas, «el destino del propietario campesino y agricultor arrendatario en las comunidades ocupadas por las milicias de la CNT-FAI estaba decidido de antemano, porque aunque en

⁷⁴ Bolloten, op. cit., p. 74.

⁷⁵ Ibid, pp. 74-75.

general se celebrasen reuniones de la población y se llevaran a cabo votaciones para decidir sobre el establecimiento del sistema colectivo, los votos siempre fueron por aclamación ya que la presencia de milicianos armados nunca dejó de imponer respeto y miedo a todos los disconformes». ⁷⁶

En respuesta al alegato anarquista de respeto al derecho a no formar parte del colectivo, Bolloten responde que: «El hecho es que muchos pequeños propietarios y arrendatarios se vieron obligados a unirse a las granjas colectivas antes de que tuvieran la oportunidad de decidir libremente. Aunque el movimiento libertario tienda a minimizar el factor de la coacción en el desarrollo de la agricultura colectivizada o hasta a negarla por completo, fue, en ocasiones, abiertamente admitido. “Durante las primeras semanas de la Revolución”, escribió Higinio Noja Ruiz, un prominente miembro de la CNT, “los partidarios de la colectivización actuaron de acuerdo a sus propias opiniones revolucionarias. No respetaban ni propiedades ni personas. En algunos pueblos la colectivización sólo fue posible imponerla a la minoría”...» ⁷⁷

Fraser, confirma extensamente las alegaciones de Bolloten. «No había ninguna necesidad de dirigirlos a punta de pistola: el clima de coacción imperante cuando se estaba fusilando a fascistas, fue suficiente. Coexistieron colectivos espontáneos y forzosos, al igual que hubo colectivistas dispuestos y otros que no dentro de cada uno de ellos». ⁷⁸ Fraser continúa explicando que la colectivización rural fue muy diferente de la colectivización urbana; mientras que la segunda la realizaron normalmente los trabajadores, la primera no. «La colectivización, llevada a cabo bajo la cobertura general, aunque no necesariamente bajo la acción directa de las columnas de milicianos de la CNT, representaba el intento de una minoría revolucionaria por controlar no sólo la producción, sino el consumo con fines igualitarios y para las necesidades de la guerra. En esto, las colectividades agrarias diferían radicalmente de las colectividades industriales que regulaban únicamente la producción». ⁷⁹

⁷⁶ Ibid, p. 75.

⁷⁷ Ibid, p. 76.

⁷⁸ Fraser, op. cit., p. 349.

⁷⁹ Ibid, pp. 370-371.

Bolloten hace algunas afirmaciones sobre el carácter voluntario de los colectivos anarquistas que pueden ser tomadas fuera de contexto para hacer parecer que Bolloten acepta la opinión de quienes defienden que la colectivización rural fue «voluntaria». «Aunque la colectivización rural en Aragón se extendió a más del 70 por ciento de la población en la zona bajo control de la izquierda y en muchos de los 450 colectivos de la región fue en gran parte voluntaria, hay que subrayar que este desarrollo singular fue en cierta medida debido a la presencia de milicianos procedentes de la vecina región de Cataluña, la inmensa mayoría de los cuales eran miembros de la CNT y de la FAI». ⁸⁰ Es importante darse cuenta de que Bolloten considera con razón que los «colectivos voluntarios» fueron casi tan coactivos como los «forzosos»:

«Sin embargo, aunque ni la UGT ni la CNT permitieran al pequeño agricultor republicano mantener más tierras de las que podía cultivar sin la ayuda de mano de obra contratada, y en muchos casos fuera incapaz de disponer libremente de los excedentes de su cosecha porque estaba obligado a entregarlos al comité local en los términos dictados por éste, se vio a menudo obligado por medio de diversas formas de presión, como se demostrará más adelante en este capítulo, a unirse al sistema colectivo. Esto fue sobre todo así en los pueblos en los que los anarco-sindicalistas estaban en ascenso». ⁸¹ Aunque la ilegalidad de la contratación de mano de obra asalariada les parecía perfectamente justa a los militantes anarquistas, este hecho demuestra claramente que la mera existencia de colectivos no podía garantizar que nadie se empleara voluntariamente como asalariado para trabajar al servicio de un capitalista.

Fraser proporciona pruebas de que la prohibición de la contratación de trabajo asalariado fue a menudo incluso más estricta de lo que parece. Así nos relata resumidamente el testimonio de un agricultor, «Pero fueron los republicanos y socialistas que no se unieron a los colectivos a los que más compadecí. En cuanto trabajaban sus tierras por su cuenta no tenían problemas, pero si conseguían que un hermano o un vecino les echara una mano, entonces

⁸⁰ Bolloten, op. cit., p. 74.

⁸¹ Bolloten, op. cit., pp. 64-65.

es cuando empezaban a tenerlos. Se suponía que los individualistas solamente tenían la tierra que pudieran trabajar por su cuenta y si incurrían en cualquier infracción y recurrían a mano de obra externa se les echaban encima». ⁸² Es evidente que era posible conservar un derecho nominal a ser «individualista», mientras que en la práctica se impusieron tantas restricciones indebidas a los campesinos independientes que acabaron cediendo y uniéndose al colectivo.

¿Cuáles fueron las «diversas formas de presión» a las que alude Bollothen?

Aunque el propietario campesino y el agricultor arrendatario no se vieran obligados a adherirse al sistema colectivo, la vida se hizo difícil para los recalcitrantes; no sólo se les impedía emplear a mano de obra contratada y disponer libremente de sus cultivos, como ya se ha visto, sino que a menudo se les negaron todos los beneficios de que disfrutaban los miembros de los colectivos. En la práctica, esto significaba que en los pueblos donde se había establecido el comunismo libertario no se les permitía recibir los servicios de las barberías colectivizadas, de utilizar los hornos de la panadería comunitaria y los medios de transporte y equipos agrícolas de las granjas colectivas o de obtener suministros de alimentos del almacén comunal y de las tiendas colectivizadas. Por otra parte, el granjero arrendatario, que se había creído liberado del pago de alquiler con la muerte o huida del dueño o de su capataz, se veía con frecuencia obligado a seguir pegándolo al comité del pueblo. Todos estos factores se combinaron para ejercer una presión casi tan potente como la culata de un fusil y, finalmente, llevaron a los pequeños propietarios y arrendatarios de muchos pueblos a abandonar sus tierras y demás bienes a las granjas colectivas. ⁸³

Es especialmente extraño que los anarco-socialistas, que con frecuencia afirmaban que las interacciones superficiales de carácter voluntario (como la relación capitalista-trabajador) eran en el fondo de naturaleza coactiva, aceptaran tan crédulamente las cre-

⁸² Fraser, op. cit., p. 355.

⁸³ Bollothen, op. cit., p. 75.

denciales voluntaristas de los colectivos rurales anarquistas. Al menos, el trabajador puede tratar de encontrar a otro empleador; pero ¿Cuán «voluntaria» era la decisión de un agricultor de unirse al colectivo cuando de todas maneras tenía que vender su cosecha a un monoposio anarquista legalmente protegido? De no haber prohibido los anarquistas la existencia misma de intermediarios y especuladores, un agricultor independiente siempre podría haberles vendido a ellos cuando los precios anarquistas eran demasiado bajos.

Incluso Graham Kelsey, un historiador que exhibe una ilimitada simpatía hacia el movimiento anarquista, revela de mala gana una importante palanca que se utilizaba para empujar al desventurado campesinado a integrarse en los colectivos. «La insurrección militar había llegado en un momento crítico del calendario agrícola. En el Bajo Aragón había campos de cereales listos para la cosecha... En la asamblea en Albalate de Cinca se había aprobado la cláusula inicial del programa acordado que exigía a todos los campesinos del distrito, ya fueran independientes o estuvieran colectivizados, contribuir por igual al esfuerzo de guerra, poniendo así de relieve una de las consideraciones más importantes del período inmediatamente posterior a la rebelión». ⁸⁴ El agricultor independiente, en definitiva, no tenía opción de permanecer al margen de la causa anarquista y dedicarse a lo suyo; aunque pudiera mantener su tierra, una gran parte de su producto pertenecía a la CNT. El hecho de que solamente un pequeño porcentaje de los colectivos anarquistas fueran denominados «colectivo integral», no puede alterar el hecho de que, aparte de la intensa presión del monopolio ejercido por la CNT a través de su dominio sobre la economía y los mercados agrícolas, un agricultor independiente seguía teniendo que «contribuir por igual al esfuerzo de guerra».

Fraser da cuenta del testimonio de Fernando Aragón y de su esposa Francisca, «ambos partidarios acérrimos de la CNT», que concretiza el aplastante poder monopolista de los anarquistas sobre la economía. «Tres o cuatro de los campesinos con explotacio-

⁸⁴ Graham Kelsey, *Anarchosyndicalism, Libertarian Communism and the State: The CNT in Zaragoza and Aragón, 1930-1937* (Amsterdam: International Institute of Social History, 1991), p. 164.

nes más grandes intentaron dejar el colectivo, pero el comité controlaba todas las fuentes de semillas y fertilizantes y no había ningún sitio, ya que el dinero había sido abolido, donde pudieran comprar lo que necesitaban. Tuvieron que permanecer en... Pero pronto vio que no solo eran los renuentes campesinos quienes no tenían ningunas ganas de trabajar: eran los veintitantos miembros del comité del pueblo —cuando con tres o cuatro habría bastado». Los hombres más jóvenes merodeaban con pistolas en el cinto, con aspecto de revolucionarios «pero sin comportarse como tales»... «El colectivo produjo cantidades considerables, se colmaron todas las necesidades del pueblo, excepto cuando el comité se negó a distribuir las existencias».⁸⁵ Fraser cuenta que cuando uno de los hijos gemelos de Francisca Aragón cayó enfermo, el comité rechazó llevarlo para que lo viera un médico... «Hubo un gran descontento. Las mujeres hablaron de ello. Íbamos a trabajar al campo —y era justo que fuéramos—. ¿Por qué las mujeres de los miembros del comité no deberían ir? De seguir así las cosas tendríamos que deshacernos del comité. Yo me quería ir, pero no podía. No teníamos dinero, ningún medio. Por otra parte, el comité tenía guardias apostados en las carreteras. Era el terror, la dictadura...»⁸⁶ En una nota al pie, Fraser explica con perspicacia que una vez que la CNT abolió el dinero (ni siquiera se intenta explicar cómo es que la abolición del dinero podría ser voluntaria) los campesinos eran impotentes. Una persona pobre con un poco de dinero tiene opciones; el campesinado aragonés no las tenía. «El problema colectivista de la falta de libertad para abandonar los pueblos —ya fuera de forma permanente o para realizar un viaje— excitó la imaginación de los observadores desde el principio. Con la abolición del dinero, el colectivo tenía ventaja puesto que cualquier persona que deseara viajar tenía que conseguir dinero republicano del comité. Esto significaba que tenía que justificar el viaje».⁸⁷

No hace falta decir, que hubo poca o ninguna libertad religiosa en los colectivos anarquistas. Mientras que muchas crónicas destacan el ostentoso gasto educativo de los anarquistas, rara vez seña-

⁸⁵ Fraser, *op. cit.*, p. 367.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 368.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 368 n. 1.

lan que el principal objetivo era lavar el cerebro a la siguiente generación. Como señala Thomas, «los colegios de la Iglesia se cerraron. La voluntad revolucionaria del pueblo había suprimido las escuelas de tendencia confesional. Ahora era el turno de la nueva escuela, basada en los principios racionalistas del trabajo y la fraternidad humana». ⁸⁸ El despotismo de los anarquistas en ocasiones, se extendía a minucias como prohibir no sólo el alcohol sino el café y el tabaco. «En el pueblo libertario de Magdalena de Pulpis, por ejemplo, la supresión del alcohol y el tabaco fue aclamada como un triunfo. En el pueblo de Azuara, los colectivistas cerraron el café, ya que lo consideraban una institución frívola». ⁸⁹ Bolloten cita a Franz Borkenau, un testigo ocular. «He intentado en vano conseguir una bebida, ya sea un café, vino o limonada. El bar del pueblo se ha cerrado por ser un comercio reprobable. Eché un vistazo a las tiendas. Estaban tan vacías como para intuir que se estaba cerca de la inanición. Pero los habitantes parecían estar orgullosos de ese estado de cosas. Estaban satisfechos, nos dijeron, por qué el consumo de café había llegado a su fin; parecían considerar esta abolición de cosas inútiles como una mejora moral. ⁹⁰ Como dijo un campesino: “No hay dinero para vicios”...» ⁹¹ Por ello, la libertad de los campesinos aragoneses fue la libertad orwelliana de vivir precisamente como la milicia anarquista consideraba correcto.

El objetivo típico de la colectivización agrícola forzada en los países comunistas y en los del Tercer Mundo, ha sido financiar la industrialización de planificación centralizada. El feo secreto de los anarquistas es que el objetivo subyacente de la colectivización forzada era financiar su ejército y consolidar el poder de sus consejos y comités. Parte del expolio de productos agrícolas se utilizó para alimentar a las tropas; el resto se vendió en los mercados internacionales de oro y divisas, lo que a su vez les permitió comprar armamento. Por una vez en sentido literal, los campesinos fueron «explotados», deliberadamente separados de los compradores en un entorno de competencia, no les quedaba otra opción que vender

⁸⁸ Thomas, op. cit., p. 298.

⁸⁹ Bolloten, op. cit., p. 69.

⁹⁰ Ibid, p. 68.

⁹¹ Ibid.

a la CNT por una miseria, la cual podía utilizar el producto o revenderlo en condiciones normales a los precios vigentes en el mercado mundial.

Graham Kelsey, un ferviente admirador de los anarquistas españoles, hace todo lo posible por retratar favorablemente esta descarnada explotación. «Organizar el aprovisionamiento de los voluntarios de primera línea lo más rápido y lo más equitativamente posible tenía que ser algo más que un simple fin en sí mismo. Uno de los corolarios más comunes de la guerra en un sistema capitalista es el desarrollo de males sociales y económicos como el mercado negro, la especulación, y, como consecuencia, la escasez arbitrariamente impuesta y la grave inflación. Las poblaciones, en las que un gran número de voluntarios se había unido a las columnas, habían organizado de inmediato el envío de suministros al frente. Estos pueblos, sin embargo, no eran sino un puñado, principalmente aquellos con fuertes tradiciones anarco-sindicalistas. Evidentemente, la situación tenía que ser regularizada, especialmente en cuanto la insurrección inicial había empezado a asumir todas las características de una confrontación militar prolongada. Por ello, la colectivización agrícola se convirtió, no solo en una forma de asegurar la igualdad en la contribución de todos los pueblos a la carga que suponía el conflicto, sino también una manera de hacer que fuera imposible que quienes poseían los medios o la inclinación sacasen provecho de las exigencias impuestas a la economía regional por la existencia de una guerra civil. No era sólo una teoría libertaria; también era la única manera de garantizar la máxima producción agrícola con la mínima corrupción económica».⁹²

Kelsey es prácticamente el único historiador académico que intenta afirmar el carácter voluntario de los colectivos anarquistas. Entre sus muchas declaraciones desconcertantes, una que destaca es su intento de demostrar que los colectivos debieron ser voluntarios porque todos los apoyaron sin importar el partido. «Otra señal de la aceptación de la colectivización agrícola fue la adhesión de los miembros de otros grupos sindicales y políticos todos lo cuales, a nivel nacional, mantenían una postura hostil hacia la

⁹² Kelsey, *op. cit.*, p. 163.

colectivización».⁹³ La gente normal ve un grado no natural de unanimidad e infiere de ello que dicho acuerdo solamente podía ser resultado de la coacción extrema. Kelsey ve un grado no natural de unanimidad e infiere de ello que dicho acuerdo únicamente pudo ser resultado de lo extraordinariamente buenos que eran los colectivos (del mismo modo, un grupo de conquistadores bien armados podría atribuir la repentina conversión de los paganos a la ineludible verdad de la fe católica y negar que sus armas de fuego tuvieran nada que ver con la decisión de los paganos).

Fraser, basándose en el testimonio del dirigente de la CNT Macario Royo, confirma este motivo rara vez mencionado. «[Royo] creía que los colectivos eran la organización más adecuada para controlar la producción y el consumo y la garantía de que el excedente se pusiera a disposición del frente. Todo estaba desorganizado. Las columnas dependían de los pueblos, no tenían otra fuente de suministro. Si no hubiera habido colectivos, si cada campesino hubiese guardado lo que produjo y dispuesto de ello a su antojo, el problema de los suministros habría sido mucho más difícil...»⁹⁴ Desde luego que sí; de haber habido un mercado libre, a los agricultores se les habría pagado el valor de su trabajo. Hay mucha ironía en la admisión tácita de Royo de que el «problema» del mercado libre es que previene la explotación, asegurando que se pague a todo el mundo por el producto de su trabajo. «Mediante la abolición del libre mercado y el racionamiento de los bienes de consumo, principalmente alimentos, los colectivos controlaron la economía local. La alimentación de las columnas sin que mediara previo pago se convirtió en motivo de orgullo o de resentimiento, dependiendo del compromiso ideológico de los aldeanos. Pero para Royo, como para la mayoría de libertarios aragoneses, el asunto no terminaba ahí. El propósito fundamental de la fundación de los colectivos era la igualdad social. “Que cada uno produzca de acuerdo a su capacidad, cada uno consume de acuerdo a su necesidad. Igualdad en la producción. Igualdad en el consumo. Aprovisionar a todos por igual ya estuvieran en el colectivo o en el frente —ése era

⁹³ Ibid, p. 167.

⁹⁴ Fraser, op. cit., p. 349.

el principio y el fin de los colectivos—“...»⁹⁵ Es de suponer que los trabajadores pobres de los pueblos no se dieran cuenta de que «la igualdad» también garantizaría la participación igualitaria de combatientes anarquistas que nunca habían puesto un pie en el pueblo.

Todo lo que había se destinaba a alimentar a las tropas; los lujos agrícolas se expropiaron para ser vendidos en los mercados internacionales. «Una de las más genuinas quejas contra la CNT que hicieron sus adversarios fue su control de los principales puertos y de la frontera franco-española, un control que le permitió enviar al exterior, a través de sus propias entidades de exportación, valiosos productos agrícolas que produjeron grandes cantidades de divisas. Mientras los anarco-sindicalistas consideraban este control como una conquista irrenunciable de la Revolución, el gobierno central lo veía como una cortapisa al todopoderoso Estado... Julián Zuga-zagoitia, el socialista moderado que se convirtió en ministro del interior con Negrín en mayo de 1937, afirma que el primer ministro y ministro de Finanzas prefería no tener anarquistas en el gobierno porque quería dismantelar todas las organizaciones de exportación creadas por la CNT y terminar de una vez por todas con la pérdida de divisas resultante del envío al exterior de almendras, naranjas y azafrán».⁹⁶



⁹⁵ Ibid.

⁹⁶ Bolloten, op. cit., p. 491.

En julio de 1937, los anarquistas aragoneses estaban tratando desesperadamente de evitar el triste destino de sus compañeros catalanes. Los comunistas habían reemplazado a los anarquistas como fuerza dominante en Cataluña. ¿Sería Aragón el siguiente? José Peirats, el historiador anarquista, presenta el escenario. «En su discurso conmemorativo el 19 de julio de 1937, el Presidente del Gobierno de Aragón se mostraba extremadamente pesimista... "sería lamentable que alguien intentara causar problemas al [Gobierno de Aragón], para obligarle a sacar sus garras de hierro y sus dientes de acero"...»⁹⁷ En diciembre de 1936, el Gobierno acordó compartir algo de su poder con los miembros de otros partidos republicanos, pero los anarquistas mantuvieron su posición dominante. «Posteriormente, el Presidente informó sobre los logros obtenidos durante el primer año: la especulación y la usura habían sido suprimidas; se habían caminos y carreteras con la ayuda desinteresada de la milicia ... y los colectivos aragoneses, a pesar de sus deficiencias, eran la maravilla de la revolución».⁹⁸ Es evidente que con un estado de ánimo conciliador, el presidente hizo hincapié en que el derecho a cultivar de forma individual estaría protegido (así implícitamente admitía la generalizada violación de este derecho). Por otra parte, el Presidente podría alegar que existía un acuerdo firmado por todas las facciones republicanas de Aragón, que decía en parte: «El Consejo de Aragón, colaborará con entusiasmo con el gobierno legítimo de la República, incrementará la producción en la retaguardia, movilizará todos los recursos de la región para el esfuerzo de guerra, despertará el espíritu antifascista de las masas... y llevará a cabo una intensa purga en las zonas liberadas; impondrá un orden implacable y perseguirá a los fascistas que se esconden, a los derrotistas y a los especuladores».⁹⁹ Es difícil pasar por alto el tono totalitario de estas palabras.

Las protestas del Gobierno por su lealtad y espíritu ecuménico no le salvaría de una invasión de las fuerzas lideradas por los comunistas bajo las órdenes del gobierno central. Los comunistas deshicieron muchos colectivos, aunque fueran voluntarios (aun-

⁹⁷ Peirats, op. cit., p. 251.

⁹⁸ Ibid, p. 252.

⁹⁹ Ibid.

que como se ha señalado la «voluntariedad» de los colectivos era universalmente cuestionable). Bolloten resume un informe de la CNT de Aragón: «la tierra, los aperos de labranza, caballerías y ganado confiscados a los partidarios de la derecha fueron devueltos a sus antiguos propietarios o a sus familias; nuevos edificios erigidos por los colectivos, tales como establos y gallineros, fueron destruidos, y en algunos pueblos las granjas fueron privadas incluso de las semillas para la siembra, mientras seiscientos miembros de la CNT fueron detenidos».¹⁰⁰ Después de su ataque inicial, los comunistas retrocedieron un poco; allá donde los anarquistas no estaban en el poder, los comunistas estaban generalmente dispuestos a aceptar una forma más leve de colectivización.

Los apologistas del anarquismo con frecuencia apuntan al hecho de que muchos colectivos siguieran existiendo incluso después de que las fuerzas dirigidas por comunistas destruyeran el Gobierno de Aragón. Por ejemplo, Peirats nos dice que «El colectivo Penalba que, al comienzo de la revolución se componía de 1.500 personas de todo el pueblo, se redujo a 500 miembros. Es muy posible que esta segunda fase de la colectivización refleje mejor la sincera condena de sus miembros. Habían sido sometidos a una prueba severa y los que habían resistido eran colectivistas convencidos. Sin embargo, sería fácil etiquetar como anti-colectivistas a los que abandonaron los colectivos en esta segunda fase. El miedo, la coacción oficial y la inseguridad pesaron mucho en las decisiones de gran parte del campesinado aragonés».¹⁰¹ Merece la pena destacar el doble rasero que exhibe Peirats. Mientras que es extraordinariamente sensible a la coacción oculta que socava la voluntariedad de las descolectivizaciones, la enorme porra económica empleada en primera instancia para formar los colectivos apenas le incomoda. Incluso después de la destrucción del Gobierno de Aragón ¿No podría ser que algunos agricultores se hubieran quedado en los colectivos por miedo a su persecución posterior si la CNT recuperaba el poder? La entrevista de Fraser con Juan Martínez («un campesino que tenía una explotación de mediano tamaño ... y había pensado que las colectividades no eran una mala idea») confirma que ese

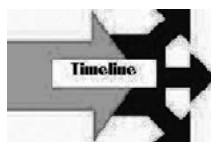
¹⁰⁰ Bolloten, op. cit., p. 529.

¹⁰¹ Peirats, op. cit., p. 258.

fue el caso. «La mayoría de la gente las dejó y estaban contentos de hacerlo. Los que se quedaron —aproximadamente una cuarta parte del número original— no estaban bajo presión para hacerlo; a nadie le importó, nadie trató de romper su colectivo. De hecho uno o dos de los campesinos con explotaciones más grandes dejaron su tierra en manos del colectivo porque les asustaba la idea de que la situación pudiera volver a cambiar...»¹⁰²

Bolloten resume con acierto la irrefutable crítica contra las colectividades rurales anarquistas, una crítica que no tiene que depender de testimonios o fuentes contaminadas por los comunistas:

«Aunque, teóricamente, durante la revolución española, la CNT y la FAI se opusieron a la dictadura estatal establecida por los marxistas, sin embargo, en muchas localidades establecieron una forma parroquiana de dictadura con la ayuda de grupos de vigilancia y tribunales revolucionarios. Aunque dicha dictadura fuera muy inferior al “concepto científico” de dictadura totalitaria definido por Lenin, la CNT y la FAI ejercieron su poder sin tapujos no sólo contra los sacerdotes y terratenientes, contra prestamistas y comerciantes, sino en muchos casos contra pequeños comerciantes y agricultores».¹⁰³ Dicha dictadura, sin duda, habría llegado a ser aún más atroz si los anarquistas hubieran conseguido convertirse en la potencia dominante en España; Bolloten cita numerosas publicaciones anarquistas que explican que las concesiones al voluntarismo y al individualismo eran un mero expediente temporal y que serían suprimidas en cuanto los anarquistas fuesen lo bastante fuertes como para podérseles desafiar.



¹⁰² Fraser, op. cit., pp. 392-393.

¹⁰³ Bolloten, op. cit., p. 78.

IV LA ECONOMÍA Y LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES

1. Antecedentes de la Guerra Civil: la Gran Depresión y el mercado laboral

Es imposible entender la economía de la Guerra Civil española sin tener en cuenta que, en 1936, España seguía padeciendo la Gran Depresión internacional. Si se asigna a la producción industrial española en el año 1929 un índice igual a 100, más tarde, en 1935, estaba estancada en un índice 86,9 a pesar de seis años de crecimiento de la población. En Cataluña, si uno de los índices de producción industrial en enero de 1936 era 100, vemos que en julio de 1936 la producción estaba por debajo de 82. En resumen, la producción al comienzo de la revolución estaba un 18% por debajo de la habida en plena depresión, en enero de 1936. El desempleo, cualquiera que sea la forma de estimarlo, era en correspondencia elevado.¹⁰⁴

Sea como fuere ¿Cuál fue la razón de la depresión previa a la guerra? Un amplio consenso de los historiadores económicos argumenta, en mi opinión de manera convincente, que la causa esencial de la Gran Depresión fue la contracción monetaria internacional de finales de los años 20 y principios de los 30. El libro *A Monetary History of the United States*¹⁰⁵ de Milton Friedman y Anna Schwartz fue el trabajo académico seminal que estableció la magnitud e importancia de la contracción monetaria en los Estados Unidos. Barry Eichengreen con su *Golden Fetters*¹⁰⁶ amplía en gran medida el argumento de Friedman y Schwartz a la economía inter-

¹⁰⁴ Para las estadísticas económicas, véase Thomas, op. cit., pp.962-973, y Fraser, op. cit., p. 235.

¹⁰⁵ Milton Friedman y Anna Schwartz Jacobson, *A Monetary History of the United States, 1867-1960* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1963). ¿Por qué una contracción monetaria causa desempleo o una pérdida de la producción? La respuesta corta es que si desciende la oferta de dinero, pero los salarios monetarios son rígidos a la baja, esto implica que dada la nueva oferta de dinero, el precio del trabajo es demasiado alto. El resultado es un «excedente de mano de obra» —resumen desempleo (involuntario).

¹⁰⁶ Barry Eichengreen, *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939* (Nueva York: Oxford University Press, 1992).

nacional, mostrando cómo el patrón oro re-establecido tras la Primera Guerra Mundial fue muy inestable y terminó produciendo una contracción monetaria internacional. En España no había patrón oro, pero los billetes de banco estaban respaldados por una reserva fraccionaria en oro por lo que estaban operando muchas de las mismas fuerzas.¹⁰⁷

La contracción monetaria es pues el primer síntoma que hay que buscar; pero cualquiera que sea la forma de medirla, no es lo que sucedió. España devaluó la peseta (un movimiento que hace que sea mucho más fácil evitar la deflación) al 79,5% de su paridad en 1930, y continuó devaluándola hasta que en 1935 el contenido de oro de la peseta era un mero 55,3% de su valor nominal. En cuanto a los depósitos bancarios de ahorro combinado (un componente estándar en la mayoría de las medidas de la oferta de dinero proporcionado por Thomas), se puede observar que la cantidad de depósitos en pesetas aumentó constantemente durante el período para el cual hay datos disponibles: a partir de 1.847 millones de pesetas en 1928 a 4.116 millones de pesetas en 1934. Del mismo modo, el número de pesetas necesario para comprar una libra esterlina (téngase en cuenta que el Banco de Londres se caracteriza por su rápida devaluación de la libra) aumentó de 25,22 pesetas en enero de 1930 de 36,00 pesetas en enero de 1936. En resumen, hubo una gran disminución en el valor internacional de la peseta, lo que refleja un gran aumento de la oferta monetaria que no fue característica de otros países durante esta época. Una pista final que confirma el hecho del elevado crecimiento de la oferta de dinero en España es que Madrid en el año 1936 se estima que tenía una de las mayores reservas de oro del mundo —precisamente lo que uno puede esperar de una nación que había reducido varias veces el contenido de oro de la peseta

¹⁰⁷ Para más información sobre el sistema monetario español, véase William Adams Brown, Jr., *The International Gold Standard Reinterpreted, 1914-1934* (Nueva York: Oficina Nacional de Investigación Económica, 1940), y Gabriel Tortella y Jordi Palafox, *Banking and Industry in Spain, 1918-1936*, en Pablo Martín-Aceña y James Simpson, editores, *The Economic Development of Spain since 1870* (Aldershot, Reino Unido: Edward Elgar Publishing, 1995), pp.490-520.

con el fin de eliminar las limitaciones institucionales al crecimiento rápido de la oferta de dinero—.¹⁰⁸

Si la explicación monetaria estándar no puede explicar la depresión española ¿Qué otros factores podrían estar involucrados? Preponderan las evidencias que nos indican que los sindicatos españoles, de los que la CNT era el más importante, gracias a su intransigente militancia y su activismo, tuvieron éxito a la hora de conseguir aumentar los salarios reales en aproximadamente un 20 % de 1929 a 1936.¹⁰⁹ Los cálculos de Tortella y Palafox revelan un 20,5% de aumento real de los salarios en la minería, un aumento del 17,6% en la metalurgia, un aumento del 19,9% en el sector textil (22,3% para las mujeres) y un aumento del 23,7% en la agricultura (aumento del 35% para las mujeres) durante el período 1929-1936. En su ignorancia y hostilidad emocional a la teoría económica clásica, los sindicalistas probablemente no se dieron cuenta de que la consecuencia necesaria de empujar los salarios reales muy por encima del nivel del mercado sería el desempleo masivo; pero ése fue de hecho el resultado. La creciente hostilidad a los empresarios, el sabotaje y demás, sin duda, dieron como resultado una disminución de la productividad marginal esperada del trabajo, llevando la prevalente escala salarial sindical aún más por encima del nivel de equilibrio del mercado.

Los sindicatos disfrutaron del amplio apoyo del gobierno. Paul Preston resume los decretos laborales de Caballero, muchos de los cuales mejoraron considerablemente la posición negociadora de los sindicatos. «El llamado Decreto de deslinde de los términos municipales impidió la contratación de mano de obra externa, mientras que los trabajadores locales en un municipio estuvieran en paro. Atacó al arma más potente que tenían los terratenientes, el poder de romper las huelgas y mantener bajos los salarios importando mano

¹⁰⁸ Bolloten, *op. cit.*, p.143 afirma que España tenía la tercera mayor reserva mundial de oro. Eichengreen, *op. Cit.*, Pp.352-353, indica que Bolloten se equivoca; de hecho, en 1936, España tenía la quinta reserva mundial de oro. (Una ligera complicación es el hecho de que las cifras de reservas de oro de la URSS dejasen de estar disponibles tras 1935, pero a menos que hubiera un gran cambio entre 1935 y 1936, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la URSS habrían tenido mayores reservas de oro que las de España).

¹⁰⁹ Véase Tortella y Palafox, *loc. cit.*, P.511.

de obra barata». ¹¹⁰ Con ello hasta los sindicatos se dieron cuenta hasta cierto punto, de forma rudimentaria, que el aumento del precio del trabajo reducía la cantidad demandada. Por otra parte, hasta cierto punto también, los sindicalistas se dieron cuenta de que los sindicatos beneficiaban a sus miembros a expensas de otros trabajadores (preferiblemente no sindicalizados) a los que los elevados salarios dejaban sin empleo posible. Preston continúa, «Largo Caballero hizo algo que Primo de Rivera no había sido capaz de hacer: introdujo comités de arbitraje para los salarios rurales y las condiciones de trabajo, que antes habían estado sujetas únicamente al capricho de los propietarios. Uno de los derechos que se protegía ahora era la jornada de trabajo de ocho horas de reciente introducción. Teniendo en cuenta que, con anterioridad, se esperaba de los braceros que trabajaran de sol a sol, esto significaba que los propietarios tendrían o bien que pagar horas extras o bien emplear a más hombres para hacer el mismo trabajo. [O producir menos, que fue probablemente la consecuencia más importante- Bryan Caplan]. Por último, con el fin de evitar que los propietarios sabotearan estas medidas con cierres patronales, un Decreto de cultivo forzoso les impidió dejar incultas sus tierras».¹¹¹

Así aunque a principios de los 30 España evitara la contracción monetaria que plagaba a otras naciones, sufrió una depresión originada por la militancia de sus sindicatos con la asistencia de las leyes laborales del gobierno de la República. Perturbados por la difícil situación de los trabajadores, los sindicatos y el gobierno intentaron con gran simpleza mejorar las cosas haciendo subir los salarios y dulcificando las condiciones laborales. El resultado necesario y empíricamente observado fue el desempleo masivo; muchos trabajadores sencillamente no valían un precio más alto y así nadie decidió emplearlos. En lugar de culpar a los sindicatos y a un gobierno «pro-trabajo», muchos trabajadores en paro optaron por una mayor militancia e incrementaron su odio al sistema capitalista.¹¹²

¹¹⁰ Paul Preston, *The Spanish Civil War, 1936-1939* (Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1986), p.21.

¹¹¹ *Ibid.*

¹¹² Kelsey, *op. cit.*, documenta el crecimiento de la militancia de la CNT y de los demás sindicatos durante el período 1931-1936.

Quizá la crítica más plausible a las economías capitalistas es que a veces permiten que se pierda el trabajo y el capital. Dadas las circunstancias, uno podría esperar que en 1936 la toma de control revolucionario de las propiedades de los empresarios por parte de los trabajadores tendría que haber mejorado las cosas. Con todos esos trabajadores ociosos apoderándose de las fábricas vacías ¿No tendría que haber aumentado la producción? No lo hizo; tras el establecimiento del control de los trabajadores, el desempleo se hizo aún más severo a pesar del crecimiento monetario masivo de la economía de guerra y del servicio militar obligatorio. La siguiente sección investiga este rompecabezas en detalle.

2. La economía de la Guerra Civil: la colectivización, la inflación y el mercado negro

El rompecabezas de la colectivización urbana empezó desde el principio. Con un prevalente desempleo masivo, la CNT comenzó a cerrar plantas concentrando a los trabajadores en las más «modernas». La medida obvia habría sido abrir las puertas de cada colectivo a la masa de trabajadores desocupados e invitarles a elegir su nuevo puesto de trabajo. Pero los sindicatos insistieron en que de alguna manera las plantas más antiguas no eran «eficientes». No se hizo ningún esfuerzo por analizar la coherencia de este punto de vista; en particular, los sindicatos no mostraron comprensión alguna respecto de la diferencia entre la productividad media y marginal (la superior productividad media de las plantas modernas de ninguna manera demuestra que su productividad marginal fuera mayor y es la productividad marginal la que cuenta en las decisiones de «eficiencia»). Bollo ten describe extensamente la decisión de efectuar cierres en masa: «Esos pequeños empresarios que son un poco iluminados, declaró Solidaridad Obrera, órgano anarco-sindicalista principal en España, comprenderán fácilmente que el sistema de producción de bienes en plantas pequeñas no es eficiente. La división de esfuerzos frena la producción. Operar un pequeño taller con métodos artesanales no es lo mismo que operar una planta grande que utiliza todos los avances de la tecnología. Si nuestro objetivo es acabar con los riesgos y las inseguridades del

régimen capitalista, entonces debemos dirigir la producción de una manera que asegure el bienestar de la sociedad».¹¹³ Al parecer, el bienestar de los trabajadores en paro no era causa de preocupación alguna; a pesar de los altos niveles de desempleo, la cuestión ni siquiera se planteaba. Bolloten da detalles de la ola de cierres de empresas. «De acuerdo con este punto de vista, los obreros de la CNT, arrastrando con ellos a los de la UGT, cerraron más de setenta fundiciones en la región de Cataluña y concentraron su equipo y personal en veinticuatro... En Barcelona, los sindicatos de la madera de la CNT y de la UGT —que ya habían establecido comités de control en cada tienda y fábrica y empleaban a los anteriores patronos como directores técnicos con el salario inicial estándar para los trabajadores— reorganizaron toda la industria mediante el cierre de cientos de pequeños talleres y concentrando la producción en las plantas más grandes. En la misma ciudad, la CNT llevó a cabo cambios igualmente radicales en el sector del curtido, reduciendo las 71 fábricas que había a 40, mientras que en la industria del vidrio, 100 fábricas con sus almacenes quedaron reducidas a 30».¹¹⁴ Se aplicaron medidas similares a las peluquerías, tiendas y salones de belleza; en el corte y confección, sastrería, metal, carpintería y oficios y artículos de cuero; en el sector de la confitería, la fabricación de calzado, metal y textiles, madera, albañilería, tintes, fabricación de pan, ebanistería y así sucesivamente.

Si bien este programa no hizo nada para aliviar el desempleo masivo, sí tuvo otras ventajas desde el punto de vista de los sindicalistas que conservaban su empleo. Ayudó a reducir la producción, les protegió contra la competencia, y por lo tanto mantuvo elevados los salarios. Además, contribuyó a centralizar cada sector económico, haciendo más fácil gestionarlos jerárquicamente, de arriba a abajo, y asegurar el cumplimiento de las órdenes de la dirección anarquista. Bolloten cita al simpático observador Leval. «La maquinaria se juntó en varios talleres, a veces en un solo taller. De esta manera, la regulación de la producción se simplificó y la coordinación de esfuerzos fue más eficaz».¹¹⁵

¹¹³ Bolloten, *op. cit.*, p. 58.

¹¹⁴ *Ibid.*

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 59.

Según todas las crónicas, los trabajadores se subieron rápidamente el sueldo, redujeron su jornada laboral y mejoraron sus condiciones de trabajo. Un motivo obvio, como se mencionó anteriormente, era eliminar los beneficios contables haciendo subir los salarios hasta que no quedaran resultados susceptibles de tributación. Como escribe Fraser, «[Los colectivos] generaban poco o ningún excedente aparente, y menos aún, cuando estaban pagando salarios improductivos. Esto a su vez significaba que el dinero que se debía ir al fondo de crédito para financiar y eliminar las disparidades entre los colectivos se deterioraba». ¹¹⁶ Fraser resume la experiencia del secretario del colectivo de la CNT Joan Ferrer: «Los beneficios no eran un problema —no había ninguno, al menos hasta mediados de 1937, cuando Ferrer se unió al ejército—. Cuanquier excedente que pudiera haber era reinvertido en las empresas; aumentaron los salarios, las condiciones laborales mejoraron y se hicieron otras mejoras». ¹¹⁷ Los Decretos de Cataluña establecieron la semana de cuarenta horas y subieron los salarios un 15 por ciento, ordenando el reingreso forzoso de los trabajadores despedidos por razones políticas.

El problema fundamental que antes de la Guerra Civil era el mercado de trabajo, simplemente empeoró. Los salarios reales eran demasiado altos; en consecuencia, había un excedente de mano de obra o sea «desempleo». Cuando los trabajadores tomaron el control, simplemente agravaron el problema elevando aún más sus propios salarios, mejorando las condiciones de trabajo (al optar por más tiempo de ocio y menos productividad), aboliendo el trabajo a destajo (al elegir más tiempo de ocio y menos productividad) y así sucesivamente. La experiencia del miembro de la CNT y capataz de la industria textil Josep Costa fue tal vez más extrema que la de la mayoría. «El trabajo a destajo fue abolido, la semana laboral reducida a cuarenta horas (y pronto a muchas menos por la escasez de materias primas), se creó el “primer sistema de seguridad social de España”: jubilación con pagas íntegras, atención médica gratuita, medicamentos gratuitos, períodos retribuidos de baja por enfermedad, baja por maternidad retribuida (permiso retribuido de dos

¹¹⁶ Fraser, op. cit., p. 234.

¹¹⁷ Ibid, p. 221.

días para el marido por nacimiento de hijo), clínicas de especializados y partos —el régimen se financiaría mediante un gravamen por trabajador de cada colectivo que hubiera tenido beneficios—. Se creó un fondo para la cobertura del desempleo y se recolocó fuera del sector textil a una parte de los desempleados». ¹¹⁸ Nadie pareció darse cuenta de que las mayores retribuciones y las mejores condiciones de trabajo eran la razón principal de que hubiera un problema de desempleo.

No existía un recurso sencillo mediante el que los trabajadores sindicalizados pudieran haber conservado su privilegiada posición, mientras se creaban oportunidades para los innumerables trabajadores sin empleo. Podrían haber creado un régimen abiertamente de dos niveles: uno para trabajadores con antigüedad empleados antes de la colectivización en virtud del cual se les pagaría un salario alto y además participarían en los beneficios; y otro para los nuevos trabajadores que percibirían un salario bajo de equilibrio de mercado y que no participarían en los beneficios. Por supuesto que hacerlo habría requerido que los sindicalistas indirectamente admitieran que su militancia había creado los problemas de los que siempre habían culpado al sistema capitalista. Por otra parte, les habría obligado a abandonar su ética igualitaria. Era preferible dejar que una persona se pudriera en el paro que permitir la desigualdad.

La situación era esencialmente similar a la de un bufete de abogados moderno. Si cualquier abogado y secretaria novatos se convirtieran en socio de pleno derecho nada más contratados, habría muchos novatos y secretarías en paro. Los actuales socios querrían evitar diluir el valor de sus acciones y por lo tanto seguirían contratando bajo mínimos. Los bufetes de abogados modernos resuelven este problema mediante la aceptación de la desigualdad como un hecho de la vida; una parte de los beneficios se reserva para los abogados de élite y los otros empleados simplemente reciben un salario comparativamente pequeño. El carácter igualitario de las empresas españolas controladas por los trabajadores anarquistas las paralizó e impidió que pudieran decidir hacer algo así. En consecuencia, a pesar del crecimiento masivo de la oferta de dinero y

¹¹⁸ Ibid, p. 229.

del reclutamiento, el desempleo de Cataluña (completo y parcial, según Fraser) había aumentado de un índice de 100 en el periodo de enero a junio 1936 a 135,7 en diciembre de 1936 reduciéndose ligeramente hasta 123,6 en junio de 1937 y 120,1 en noviembre de 1937.¹¹⁹

En general, fue algo frecuente que los trabajadores urbanos sufrieran a consecuencia de la colectivización urbana. Pero durante las primeras etapas de la guerra, al menos algunos trabajadores urbanos parecía que habían claramente mejorado su nivel de vida. Estos fueron los trabajadores afortunados que ya tenían buenos empleos en buenas fábricas; mejoraron su situación con la toma el control de sus fábricas y al canalizarse hacia ellos los beneficios de su anterior empleador (con una combinación de aumentos de salarios, más beneficios laborales, mejores condiciones de trabajo y más tiempo libre). Los trabajadores que tenían puestos de trabajo en las fábricas marginalmente rentables se encontraron con que su condición era básicamente la misma que antes, sólo que ahora eran ellos, y no su anterior patrón, quienes tenían que estar preocupados por la quiebra. Los trabajadores en paro, a los que los elevados salarios impulsados por los poderosos sindicatos catalanes habían colocado fuera del mercado laboral, probablemente se encontraran con una vida aún más dura. Ya fuesen los capitalistas o los propios trabajadores quienes gestionaran las fábricas, la redistribución del trabajo desde los trabajadores en paro y no sindicalizados hacia los trabajadores ocupados y sindicalizados se mantuvo constante.

La difícil situación de los trabajadores del campo fue muy diferente. La redistribución no era normalmente de un trabajador rural a otro; más bien, la masa de trabajadores rurales fue explotada por la élite militar anarquista en su lucha por ganar la guerra. Por lo tanto, la gente con frecuencia vinculada la colectivización al llama-

¹¹⁹ Existe cierta evidencia de que las empresas controladas por sus trabajadores mostraron un ligero interés por los trabajadores en paro, ya que el desempleo total se redujo en un 10 por ciento mientras que el desempleo parcial se duplicó. Aún así, teniendo en cuenta el desempleo de niveles de depresión que existía al inicio de la guerra, el crecimiento masivo de la oferta de dinero, y la presencia del reclutamiento forzoso, un simple 10 por ciento de reducción (no una caída de 10 puntos porcentuales) en la elevada tasa de desempleo que había antes de la guerra es un resultado verdaderamente catastrófico.

do «esfuerzo de guerra»; los colectivos trabajarían duro, recibirían sus raciones y verían como les quitaban todo lo demás. Fraser resume la observación de Juan Zafón, Delegado de Propaganda del Gobierno de Aragón. «Municipios, libres e independientes, un colectivo que aboliese la explotación del hombre por el hombre, la estructura federal que une a cada pueblo con la comarca y la región, y que, después de atender a las necesidades de los pueblos y de los distintos frentes, canalizara el excedente producido al Consejo, que a su vez pudiera venderlo o intercambiarlo con otras regiones o con el extranjero; de todo esto se había hablado y escrito, pero hasta entonces no había sido más que una consigna».¹²⁰ Si prescindimos de las engañosas observaciones del delegado de propaganda sobre la «libertad» e «independencia» del municipio, la dura verdad se nos revela: los anarquistas se apoderaron del excedente de los agricultores, les dieron poco o nada a cambio y lo utilizaron para combatir en la guerra. La entrevista de Fraser con el militante de la CNT Ernesto Margeli respalda aún más mi tesis de que los anarquistas colectivizaron con el fin de mejor explotar al campesinado. «Conforme fueron llegando fuerzas de milicianos, el problema del aprovisionamiento se hizo más grave y como la desorganización del período inicial no daba paso a nada mejor, varios miembros de la CNT, incluyendo Margeli, se dieron cuenta de que se tenía que hacer algo. Estábamos viviendo un momento revolucionario; estaba en nuestras manos. Aunque la gente no estuviera preparada, teníamos que hacer la revolución ahora...»¹²¹ Si bien Margeli trató de convencer a los agricultores de que la colectivización sería más eficiente, pone bien a las claras que el impulso a su decisión vino de la necesidad de abastecer al voraz ejército anarquista.

Bolloten ofrece, una vez más, muchas evidencias, no contaminadas por fuentes comunistas, que prueban que la colectivización fue impuesta por la fuerza; por otra parte, se confirma que los anarquistas eran tan entusiastas con la colectivización porque estaban desesperados por obtener suministros y tenían la intención de extorsionar al campesinado para que les proporcionara lo que

¹²⁰ Fraser, op. cit., p. 351.

¹²¹ Ibid, p. 352.

precisaban. «En octubre de 1936, las requisas incontroladas de alimentos y animales por las columnas de milicianos, en su mayoría libertarios, había llegado a ser tan grave como para amenazar, según Joaquín Ascaso, presidente del Consejo anarquista, con la ruina total a la región. Esto, dijo, impulsó al Consejo a prohibir a las vanguardias de las columnas que hiciesen requisas sin su previa aprobación. Esperamos que todos, sin excepción, cumplan esta orden, evitando así la circunstancia lamentable y paradójica de que un pueblo libre acabe odiando su libertad y a sus liberadores y la no menos triste situación de un pueblo totalmente arruinado por la Revolución que siempre había anhelado».¹²²

Si se puede dar crédito a las estadísticas, hubo grandes diferencias entre las zonas urbanas y los sectores rurales de las regiones controladas por los anarquistas. Ambos sectores, es preciso recordar, comenzaron la guerra en condiciones extremadamente deprimidas; pero a partir de este punto de partida similar, su progreso fue bastante diferente.

El sector urbano, simplemente fue de mal en peor. Según Thomas, si el índice de producción industrial en Cataluña era 100 en enero de 1936. La producción fluctuó entre 100 y 94 hasta julio de 1936, cuando estalló la revolución. La producción bajó a 82, pero en medio del caos, de traspaso del control (de las empresas) y de lucha con los nacionalistas, esto es comprensible. Lo que no es comprensible es que la producción nunca se elevase por encima del nivel de julio de 1936 durante todo el tiempo que duró la guerra. Se redujo a 64 en agosto, se recuperó ligeramente a 73 en septiembre y luego fluctuó entre 71 y 53 hasta abril de 1938. En los últimos meses de control republicano en Cataluña, frente a la inminente invasión nacionalista, la producción se redujo aún más, fluctuando entre 41 y 31 hasta que cesó la recopilación de estadísticas económicas.

El sector rural, por el contrario, tuvo un desempeño mucho más variable. Las estadísticas agrícolas que maneja Thomas y que fueron recopiladas por un Ministerio de Agricultura Comunista, indican que en 1937 la producción en Cataluña fue un 21 por ciento inferior a la producción de 1936; un 20 por ciento mayor en Aragón, un 16 por ciento mayor en la zona centro y el 8 por ciento menor en

¹²² Bolloten, *op. cit.*, p. 524.

Levante (las cifras se ajustaron para dar cuenta de la captura de las tierras agrícolas por los nacionales). La colectivización estaba más extendida en Aragón, pero existía en todas partes, en cierta medida. A los apologistas de los colectivos anarquistas les parece que el aumento de la producción del 20 por ciento habida en Aragón es una prueba impresionante del valor de sus instituciones (el descenso igualmente drástico experimentado en Cataluña a menudo se descarta porque la colectivización fue menos completa allí que en Aragón). De hecho, debido a las condiciones deprimidas anteriormente existentes, cualquier sistema que hiciera uso de la tierra y de los trabajadores inactivos, aunque ineficiente, podría haber logrado grandes avances. Es más, como explica Thomas, «Por desgracia, el problema era que, aunque se hubiera conseguido un aumento en el trigo, como esas cifras sugieren, el aumento del consumo en vez del de la producción, la decadencia de los sistemas de transporte y distribución, el aumento de refugiados y la mayor demanda de alimentos que se impuso debido al bloqueo nacionalista, provocaron una escasez de alimentos en todas las ciudades de la república, excepto en Valencia».¹²³

Por supuesto, uno puede dudar de la veracidad de los números. Los colectivos urbanos sin duda deseaban subestimar su producción con el fin de vender más en el mercado negro. Los informes realizados por el Ministerio de Agricultura pueden haber exagerado la verdadera producción con el fin de que el experimento de colectivización de los anarquistas ganara favor.

Sin embargo, si consideramos que los números son exactos, en efecto, nos muestran un patrón interesante. Cuando los trabajadores en realidad tenían el control, la producción disminuyó de un 30 a un 40 por ciento por debajo de su nivel de depresión anterior. Cuando el control de los trabajadores era en gran parte ficticio, algunas veces la producción aumentó en un 20 por ciento —aunque eso sí, un 20 por ciento por encima del nivel de la depresión—. Los trabajadores urbanos que tenían realmente el control no tenían incentivos para aprovechar los vastos recursos no aprovechados; al hacerlo se limitaban a diluir el valor de la participación de cada trabajador. Por el contrario, los militantes anarquistas que dirigían

¹²³ Thomas, *op. cit.*, p. 559.

las colectividades agrícolas no tenían ninguna razón para mantener recursos ociosos; en realidad no estaban pagando a los campesinos de todos modos, ¿Por qué no hacer uso de la mayor cantidad posible de ellos? La esclavitud es a menudo económicamente ineficiente, pero esto no es necesariamente cierto; los esclavos pueden trabajar con menos energía que los trabajadores libres, pero el propietario de esclavos pueden optar por forzar el esclavo a trabajar tantas horas adicionales cuantas sean precisas para que su producción global aumente.

Kelsey observa que bajo el régimen anarquista hasta las mujeres y los agricultores de mayor edad trabajaban en los campos. «En los colectivos muchas personas estaban trabajando más duro y más tiempo que antes. El gran número de hombres que había ido al frente significaba que otros, incluyendo a mujeres y personas mayores, eran necesarios para ayudar en la mayor parte del trabajo. Muchos escritores encontraron que, en vez de estar resentidas por ello, esas personas estaban listas y dispuestas a trabajar horas extras y que, como señala Graus, las pensiones fueron realmente consideradas como una especie de insulto, los trabajadores de edad avanzada exigían el derecho a ofrecer su fuerza laboral como todos los demás».¹²⁴ Una explicación alternativa para los mismos hechos es que los líderes anarquistas aterrorizaron a tantas personas como era posible para que trabajaran en los campos y que las víctimas tenían demasiado miedo como para informar a la prensa anarquista de la verdadera historia.

No había una forma de explotación infligida a los trabajadores de la que fuera directamente culpable el gobierno central y no los anarquistas. El gobierno español había mantenido durante mucho tiempo un control esencialmente ilimitado sobre la oferta de dinero; la peseta era una moneda fiduciaria, lo que significa que todo lo que el gobierno tenía que hacer para conseguir más dinero era poner en marcha la máquina de imprimir billetes. Durante la guerra, el gobierno español encontró irresistible la tentación de financiarse por medio de la imprenta. Esto se puede ver fácilmente observan-

¹²⁴ Kelsey, op. cit., p. 171. La inspección de las fuentes de Kelsey revela que casi la totalidad de los «escritores» eran ellos mismos anarquistas que publicaban en periódicos anarquistas.

do el tipo de cambio con la libra esterlina: en enero de 1936, sólo costaba 36 pesetas comprar una libra; en enero de 1937, 115; en enero de 1938, 219, y en enero de 1939, se necesitaba un total de 488 pesetas para comprar una sola libra (en 1938 la República también emitió un nuevo billete cuyo valor se depreció aún más rápidamente). El resultado inevitable de esto fue una inflación masiva. Cuando apareció la inflación, el gobierno central hizo lo que los gobiernos hacen siempre: culpar al libre mercado e imponer controles de precios. El resultado natural fue una escasez masiva de bienes, el racionamiento y la corrupción. Cuando la gente desesperada infringía la ley y compraba o vendía bienes por encima de su precio legal, el gobierno etiquetaba su acción como 'actividad del mercado negro' y declaraba que constituía un crimen.

De este modo, el gobierno de la República utilizó el poder de la imprenta para financiarse durante todo el tiempo que duró la guerra. La gente común quería comprar cosas para hacer su vida mejor; con frecuencia, sólo quería comprar lo necesario para cubrir las necesidades básicas de la vida. Esto no concordaba con el plan del gobierno, que era sangrar al pueblo de España para defender su autoridad. Como explica Fraser, «El costo de la vida se cuadruplicó en poco más de dos años; los salarios (en la medida en que este dato puede estimarse) sólo se duplicaron. Inevitablemente, la clase obrera cargó con el peso de la guerra civil». ¹²⁵ Los números de Thomas indican que si los precios al por mayor se indexan y eran igual a 100 en 1913, después, subieron hasta 168,8 en enero de 1936; 174,7 en julio de 1936 cuando comenzó la guerra; 209,6 en diciembre de 1936; 389,1 en diciembre de 1937 y 564,7 en diciembre de 1938. Esto no da cumplida cuenta del sufrimiento de los consumidores españoles, porque muy a menudo la existencia de controles de precios significa que las mercancías ni siquiera están disponibles ser compradas (excepto a precios mucho más altos en el mercado negro).

Aunque los anarquistas no controlaron la oferta monetaria española, no hicieron nada por impedir el gran acto de falsificación legalizada del gobierno y jugaron un papel de apoyo demonizando el llamado «mercado negro» en lugar de al verdadero culpable: el

¹²⁵ Fraser, *op. cit.*, p. 234.

Banco Central español. El Consejo de Gobierno de Aragón mediante un acuerdo multipartidista, como se ha señalado anteriormente, se comprometió a «poner orden implacable y cazar a los fascistas escondidos, derrotistas y especuladores».¹²⁶ Fraser describe la situación en Barcelona en la primavera de 1937: «Los alimentos escaseaban y había largas colas para comprar pan. En abril, las mujeres se manifestaron en las calles contra el costo de vida, que acababa de subir un 13 por ciento por encima de los aumentos de un índice que desde el inicio de la guerra ya se había encarecido en casi dos tercios».¹²⁷ En vez de echarle la culpa a la imprenta del gobierno central, que era donde verdaderamente debía buscarse, el ex-Ministro de Aprovisionamientos de la CNT Joan Domenech criticó «al líder del PSUC [Comunista] por haber abolido los controles que él había propuesto y haber establecido un mercado libre para los alimentos. Yo sabía que si los suministros no se controlaban surgiría un mercado negro. Ejercí una especie de dictadura sobre los suministros y sobre los precios... Diciendo que había escasez, Comorera los creó porque la gente se apresuró a comprar todo lo que pudo...».¹²⁸

El gobierno central controlaba la oferta de dinero, no la CNT, por lo que debe cargar con la culpa principal.¹²⁹ Sin embargo, es interesante observar que la CNT guardó silencio y como chivo expiatorio acusó al llamado «mercado negro» en lugar de defender los intereses económicos de los trabajadores a los que decía representar. Hacia el final de la guerra, un gran porcentaje de los traba-

¹²⁶ Peirats, op. cit., p. 252.

¹²⁷ Fraser, op. cit., p. 374.

¹²⁸ Ibid, p.375.

¹²⁹ Sin embargo, Thomas, op. Cit., p.299, afirma que «dada la debilidad del gobierno de Madrid, la Generalidad pudo hacerse cargo, sin protestas,... del Banco de España —hasta del derecho de emitir dinero y aprobar indultos—. Todos estos poderes, bajo el Estatuto Catalán, pertenecían a España. Ahora, con el pretexto de que había peligro de que los usurpase la FAI, la Generalidad se los apoderó». No he sido capaz de encontrar cualquier otra referencia a las características específicas de los acuerdos monetarios republicanos durante la guerra civil; pero si la observación de Thomas es correcta, más tarde, durante el período de dominio de la CNT en la Generalidad, se podría culpar a los anarquistas directamente de la inflación del papel moneda que afectó a la economía española.

jadores españoles se encontró en la miseria, sus pesetas, ganadas con mucho esfuerzo, no valían ni el papel en que estaban impresas.

3. El dilema, primera Parte: el anarquismo capitalista

Supongamos que hay una economía capitalista normal en el que una clase de capitalistas ricos es dueña de los medios de producción y contrata al resto de la población como asalariados. Gracias a un esfuerzo extraordinario, los trabajadores de las fábricas ahorran suficiente dinero para comprar la empresa a sus empleadores. Las acciones que tenían los capitalistas cambian ahora de manos de modo que los trabajadores de cada empresa poseen y controlan su puesto de trabajo. Pregunta: ¿Sigue siendo una «sociedad capitalista»? Por supuesto; sigue habiendo propiedad privada de los medios de producción, solo que éstos simplemente tienen distintos propietarios que antes. Las funciones de la economía son las mismas de siempre: los trabajadores de cada empresa hacen todo lo posible para enriquecerse con la venta de productos deseados por los consumidores; hay desigualdad, debido tanto a la capacidad como a la suerte; las empresas compiten por los clientes. Nada cambia, excepto quienes cobran los dividendos.

Este sencillo experimento de reflexión revela el dilema anarcosocialista. Si los trabajadores toman el control de sus fábricas y las gestionan a su antojo, sigue habiendo capitalismo. La única manera de suprimir lo que los socialistas más desprecian del capitalismo —la codicia, la desigualdad y la competencia— es forzar a los trabajadores-propietarios a hacer algo que es poco probable que hicieran voluntariamente. Para ello se requiere un Estado, una organización con suficiente potencia de fuego para imponer el comportamiento desinteresado, la igualdad y la coordinación a los trabajadores recalcitrantes. Al Estado se le puede llamar consejo, comité, sindicato o utilizar cualquier otro eufemismo pero la verdad pura y simple es que el socialismo requiere un Estado.

Basta un razonamiento apriorístico para llegar a esa conclusión, pero los empiristas pueden mostrarse escépticos ¿Seguramente ha de haber un «medio camino» que sea a la vez anarquista y socialista? Todo lo contrario; la experiencia del anarquismo español no

puede proporcionar evidencias más claras de que en la medida en que la colectivización fue anarquista, fue capitalista, y en la medida en que la colectivización fue socialista, fue estatista. La única solución a este dilema, si es que se puede llamar solución, es conservar el todopoderoso Estado, pero bajo una nueva denominación.

Es abrumador el gran número de pruebas, procedentes de una amplia variedad de fuentes, que confirma que cuando los trabajadores realmente pasaron a controlar sus fábricas, el capitalismo simplemente cambió de forma pero no dejó de existir. Resumiendo una conferencia de la CNT-UGT del sector textil, Fraser explica que: «la experiencia ya había demostrado que era necesario avanzar rápidamente hacia una socialización total de la industria, de lo contrario, la propiedad de los medios de producción llevaría una vez más a la explotación del hombre por el hombre. Los comités de empresa en la práctica no sabían qué hacer con los medios de producción y carecían de un plan para toda la industria; en lo que al mercado se refiere, el Decreto no había cambiado ninguno de los esenciales defectos capitalistas, excepto que mientras que antes eran los propietarios quienes competían entre sí ahora eran los trabajadores quienes lo hacían».¹³⁰ Bolloten relata que: «Según Daniel Guerín, una autoridad en el movimiento anarquista español, parecía... que la auto-gestión de los trabajadores podía dar lugar a una especie de particularismo egoísta, puesto que cada empresa se ocupaba únicamente de sus propios intereses... Como resultado, los excedentes de la compañía de autobuses se utilizaban para sostener a los tranvías, que eran menos rentables. Pero, en realidad, había muchos casos de desigualdad que no podían ser resueltos fácilmente de ese modo».¹³¹

Thomas confirma esa imagen. «Los anarquistas estaban dispuestos a admitir que la revolución había traído problemas que no habían imaginado; el líder de la FAI, Abad de Santillán (entonces Consejero de Economía de la Generalidad) escribió con franqueza: “Habíamos visto en la propiedad privada de los medios de producción, de las fábricas, de los medios de transporte, en el aparato ca-

¹³⁰ Fraser, op. cit., p. 231.

¹³¹ Bolloten, op. cit., p. 225.

pitalista de distribución, la principal causa de la miseria y la injusticia. Queríamos la socialización de toda la riqueza de modo que ni un solo individuo se quedara fuera del banquete de la vida. Ahora hemos hecho algo, pero no lo hemos hecho bien. Hemos sustituido al antiguo propietario por media docena de nuevos propietarios que consideran que la fábrica, los medios de transporte que ellos controlan, son suyos, con el inconveniente de que no siempre saben cómo organizar... tan bien como aquél'...»¹³² Fraser cita a Josep Costa, un capataz de la CNT de la periferia de Barcelona, que explica por qué su sindicato decidió no colectivizar. «Allí las fábricas colectivizadas actuaron individualmente desde el comienzo, como si fueran unidades completamente autónomas, comercializando sus propios productos como podían y prestando poca atención a la situación general. Era una especie de capitalismo popular...»¹³³ ¿Cómo, se podía uno preguntar, socialistas confesos podían actuar de manera tan contraria a sus principios? El comportamiento de los trabajadores no era particularmente diferente al de los profesores marxistas ricos que vivían en el lujo mientras denunciaban el rechazo de Occidente a compartir su riqueza con el Tercer Mundo. Hablar es fácil, no cuesta nada. Cuando los trabajadores-propietarios tuvieron la posibilidad de enriquecerse, la aprovecharon con pocos remordimientos.

Los socialistas estadistas ortodoxos, hasta los aspirantes a aliados de la CNT como el POUM, criticaron amargamente el carácter capitalista del control de las empresas por los trabajadores. Fraser retransmite la opinión del líder del POUM Juan Andrade. «Los trabajadores anarco-sindicalistas se habían convertido en los dueños de todo lo que colectivizaron; los bienes colectivos eran tratados como si fueran privados, no como bienes sociales. La socialización, tal como la practicaban los sindicatos de la CNT, no era más que capitalismo sindical. A pesar de que no fue algo inmediatamente evidente, la economía dirigida por la CNT fue un desastre. De haber seguido así, habría habido enormes problemas en el futuro, con grandes disparidades en los salarios y nuevas clases sociales. Nosotros también queríamos colectivizar, pero de manera muy dife-

¹³² Thomas, op. cit., pp. 527-528.

¹³³ Fraser, op. cit., pp. 228-229.

rente, de manera que los recursos del país se administraran socialmente, no como propiedades individuales. El tipo de mentalidad que cree que la revolución es para el beneficio inmediato de un sector particular de la clase obrera, y no para el proletariado en su conjunto, siempre se manifiesta y hace aparente en una revolución, tal como pude comprobar en los primeros días de la guerra en Madrid».¹³⁴

Andrade le cuenta a Fraser una historia sorprendente del funeral de un militante del POUM. «Los enterradores del sindicato CNT presentaron al POUM su factura. Los militantes más jóvenes del POUM, asombrados, llevaron la factura a Andrade. Éste llamó a los representantes de los enterradores. “¿Qué es esto? ¿Queréis cobrar una factura por vuestros servicios mientras que los hombres mueren en el frente, ¿Eh?”. Miré la factura. “Además, habéis subido los precios, esto es muy caro”. “Sí” reconoció el hombre, “queremos hacer mejoras”. Me negué a pagar y cuando, más tarde, dos miembros del comité del sindicato acudieron a presionar por ese asunto, los despedimos. Pero el ejemplo me hizo reflexionar sobre una actitud particular de la clase obrera frente a la revolución».¹³⁵

La «actitud particular de la clase obrera» a la que se refiere Andrade es sólo la opinión de que la revolución se supone que convierte a los trabajadores en sus propios jefes. Muchos trabajadores tomaron las consignas sobre el control obrero al pie de la letra. Pasaron por alto la posibilidad de que esas consignas fueran destinadas a lograr su apoyo hacia una revolución que se libraba para sustituir a los capitalistas por los burócratas del partido. Albert Pérez Baró, un ex-miembro de la CNT que desempeñó un papel prominente en el movimiento de colectivización en Cataluña, dio un discurso siete meses después de la revolución que da una buena idea de la agenda oculta de los aspirantes a burócratas:

La inmensa mayoría de los trabajadores han pecado de indisciplina, la producción ha caído de manera alarmante y en muchos casos se ha desplomado, la distancia que les separa del frente ha supuesto que los trabajadores no han experimentado la guerra con la

¹³⁴ Ibid, p. 233.

¹³⁵ Ibid.

intensidad necesaria. La anterior disciplina, nacida de la coacción de los patronos, ya no existe, y no ha sido reemplazada, por la falta de conciencia de clase, por una disciplina auto-impuesta en beneficio de la colectividad. Los trabajadores, infantilmente, han llegado a creer que ya se ganó todo... cuando en realidad la auténtica revolución social comienza precisamente en el período de construcción de la economía...¹³⁶

Mientras que Pérez-Baró tacha a los trabajadores de «infantiles», ni siquiera considera la posibilidad de que su actitud fuera perfectamente razonable. Es fácil ver porqué los trabajadores esperaban beneficiarse de convertirse en sus propios jefes. Cosa bien distinta es que tuvieran que creerse que la sustitución de sus empleadores por el Estado o por un consejo anarquista orwelliano sería algo bueno para ellos.

La desigualdad existía dentro de los colectivos, así como entre ellos. Invariablemente, los participantes atribuyen la tolerancia hacia la desigualdad al hecho de que era imposible que un colectivo impusiera la igualdad de salarios a menos que los demás colectivos hicieran lo mismo. Así resume Fraser el testimonio del militante de la CNT Luis Santacana, «Pero el salario único no se pudo introducir en su fábrica porque no se hizo general a toda la industria. Las mujeres en la fábrica continuaron recibiendo salarios entre un 15 y un 20 por ciento menores a los de los hombres y los trabajadores manuales inferiores a los de los técnicos».¹³⁷ En otras palabras, era imposible imponer la igualdad cuando había competencia entre los trabajadores. Si una empresa se negaba a pagar más a los trabajadores cualificados, se iban y encontraban un trabajo donde no se observaban tan estrictamente las normas igualitarias.

Tal vez el incidente más fascinante del control obrero —del que da cuenta Fraser— es el que implica el teatro de la ópera Tivoli. El militante de la CNT Juan Sana explica los detalles:

Casi el único problema al que Sana no había tenido que enfrentarse fue el de introducir el salario único en el teatro. Se llegó a una

¹³⁶ Ibid, p. 236.

¹³⁷ Ibid, p. 218.

rápida solución en circunstancias dramáticas un día, cuando el famoso tenor Hipólito Lázaro, llegó al teatro Tivoli donde el sindicato había organizado un ciclo de óperas a precios populares. Él tenía que ser el primero en cantar. Antes de que la audiencia llegara, se puso de pie en el escenario y se dirigió a la empresa. «Ahora todos somos iguales», dijo, «y para demostrarlo, todos tenemos el mismo salario. Muy bien, ya que somos iguales, hoy voy a entregar entradas en la puerta y uno de vosotros puede venir aquí y cantar». Es lo que hizo, por supuesto. Anteriormente ya había habido varias protestas. Esa noche varios de los líderes sindicales se reunieron y decidieron desde el principio que no podrían salir sin haber llegado a una solución digna. No costó mucho. A los mejores actores y cantantes, como Lázaro y Marcos Redondo, se pagaría 750 pesetas por cada función —un aumento del 5.000 por ciento respecto de sus 15 pesetas anteriores al día—. Los artistas de segunda y tercera categoría recibirían importantes, aunque menores aumentos y hasta a los ujieres se les dio un aumento.¹³⁸

Si Sana hubiera reflexionado un poco más, podría haber aprendido una lección más general de este incidente: si hay competencia, la explotación es prácticamente imposible. Este principio es válido si los oferentes son capitalistas o colectivos de trabajadores. Esto se puede probar con un simple experimento mental. Imagine que un trabajador es capaz de realizar una tarea que aumenta el valor de venta de las materias primas en 10 pesetas. Imagínesse, además, que se celebra una subasta en la que hay capitalistas que pujan por los servicios de este trabajador. Con un solo postor, la historia tradicional socialista tiene cierto sentido; un oferente podría ofrecer un salario de subsistencia y un trabajador podría estar tan desesperado como para tener que aceptarlo. Con dos licitadores, es posible imaginar que los capitalistas pactasen de antemano reducir su oferta y merced a esta corruptela consiguieran unas condiciones favorable. ¿Cuántos oferentes debe haber antes de que un pacto colusorio, sea sencillamente imposible? Como revelan las subastas normales, basta con dos licitadores; con diez la colusión es tan difícil que ni siquiera tiene sentido intentarla. Los vendedores podrían estar desesperados y los licitadores ser ricos, pero la competencia

¹³⁸ Ibid, p.224.

impulsa el precio de venta para que se ajuste al valor de venta del producto. Pablo Picasso podría no tener dinero, estar al borde de la inanición, pero con pública concurrencia, sin embargo, se le pagaría una fortuna por una nueva pintura. Los compradores estarían contentos si fuese ilegal competir entre ellos pero siempre que la competencia exista, los compradores actuarán en su propio interés, no en el de los compradores en general.

En cualquier economía moderna, incluyendo la de España de la década de 1930, no solo hay diez ofertantes que necesitan los servicios de un trabajador determinado; hay cientos, si no miles. La subasta es menos visible que la que tiene lugar en una sala con un subastador, pero es igual de real. Cada paquete de compensación salarial que ofrece un empleador es una oferta de servicios a los trabajadores. Con al menos unos cuantos empresarios, las fuerzas en competencia obligan a que la paga de los trabajadores iguale el valor total de su producción. ¿Por qué entonces están algunos trabajadores en las economías capitalistas tan mal pagados? La respuesta pura y simple, por dura que parezca, es que su trabajo no es muy productivo. La respuesta más compleja es que, dada la existencia de otros factores productivos, su trabajo no es muy productivo. En la actualidad un peluquero en los Estados Unidos gana más de su homólogo en España porque los bienes de capital son más abundantes en los Estados Unidos que en España. La única solución a largo plazo para la pobreza española es aumentar la oferta de bienes de capital en España; por lo tanto, una vez más las tácticas militantes de los sindicatos españoles fueron manifiestamente contraproducentes. Mientras que los trabajadores españoles deberían haber hecho todo lo posible por atraer capital extranjero, en su lugar eligieron ahuyentar a una gran parte del capital que ya era escaso en España (es interesante observar que el nivel de vida de los trabajadores españoles solamente comenzó a mejorar de forma significativa después de que Franco relajase sus políticas autárquicas de los años 40 y 50).

La verdadera denuncia socialista contra el capitalismo no es que explote a los trabajadores, sino que impide la explotación de los trabajadores. Evita que los trabajadores capaces sean explotados en provecho de los trabajadores con menor capacidad, los ancianos y los niños. Como Horacio Prieto, ex-secretario del Comité

Nacional de la CNT lamentó, «El colectivismo que estamos viviendo en España no es el colectivismo anarquista, es la creación de un nuevo capitalismo, más inorgánico que el viejo sistema capitalista que hemos destruido... colectivos ricos se niegan a aceptar responsabilidades y deberes o a ser solidarios con los colectivos pobres... Nadie entiende las complejidades de la economía, la dependencia de un sector respecto de otro».¹³⁹ El problema, en definitiva, es que en el «nuevo capitalismo» los colectivos más productivos se hacen ricos, y los otros no. El «nuevo capitalismo», como el viejo, une firmemente el éxito y la recompensa.

De igual modo la competencia hizo que fuera difícil para el ejército anarquista explotar a los trabajadores. En su condición de líder militar de la CNT, Royo declaró: «Las columnas dependían de los pueblos, no tenían otras fuentes de suministro. Si no hubiera habido colectivos, si cada campesino hubiera guardado lo que produjo y dispuesto de ello como quería, el problema de los suministros habría sido mucho más difícil...»¹⁴⁰ Siempre es «mucho más difícil» de lograr cualquier cosa cuando se debe obtener el consentimiento voluntario de otras personas, porque entonces tienes que pagarles lo que vale.

4. El dilema, segunda parte: el socialismo estatista

A pesar de la dura explotación de los agricultores por el ejército anarquista, la libertad limitada que había dentro de los colectivos más permisivos permitió que el capitalismo hiciera acto de aparición. Así describe Félix Carrasquer, un profesor perteneciente a la FAI, su participación en el Congreso de la CNT de febrero de 1937, «Entonces me puse de pie y dije: el cantonalismo de los colectivos significa la ruina del movimiento. Un rico colectivo podría vivir bien, uno pobre tendría dificultades para alimentar a sus miembros. ¿Es eso comunismo? No, es todo lo contrario. ¿De quién es la culpa si un pueblo tiene buena tierra y la de otro es mala?».¹⁴¹ En el

¹³⁹ Citado en *ibid*, p. 209.

¹⁴⁰ *Ibid*, p. 349.

¹⁴¹ *Ibid*, p. 366.

mismo sentido, Thomas señala, «Los salarios se diferenciaban de colectivo a colectivo, el criterio en realidad era que si el colectivo era más rico, mejor pagados estaban sus trabajadores. Esta fue la irónica conclusión, sin duda inevitable, del sueño libertario».¹⁴² Por último, Bolloten observa que, «el temor de que, de alentarse el cultivo individual, una nueva clase de ricos propietarios de tierras con el tiempo se alzara sobre las ruinas de la anterior fue, sin duda en parte, responsable del empeño que los más celosos colectivistas pusieron en asegurarse la adhesión al sistema colectivo, voluntaria o forzada, de los pequeños cultivadores».¹⁴³

En general, sin embargo, el ideólogo socialista no tenía nada que temer de los colectivos rurales. En su mayor parte, el capitalismo había sido aplastado por el único medio posible: el Estado. El ejército anarquista era la columna vertebral de un nuevo monopolio de los medios de coacción que era un gobierno en todo menos en el nombre. Se hizo entonces posible utilizar a los campesinos como si fueran ganado, hacerlos trabajar, darles de comer a nivel de subsistencia y aprovechar el «excedente». Bolloten cita con aprobación el relato que hace Kaminsky de Alcora.

La comunidad está representada por el comité... Todo el dinero de Alcora, alrededor de 100.000 pesetas, está en sus manos. El comité intercambia los productos de la comunidad por otros bienes que faltan, pero lo que no puede asegurar y lo que no puede conseguir por medio del trueque lo compra. El dinero, sin embargo, se conserva sólo por si acaso y será válido siempre y cuando otras comunidades no sigan el ejemplo de Alcora.

El comité es el padre de familia. Es el dueño de todo; lo dirige todo, se ocupa de todo. Cada especial deseo debe ser sometido a su consideración; es el único que decide.

Se podría objetar que los miembros del comité corren el riesgo de convertirse en burócratas o incluso en dictadores. Esta posibilidad no ha escapado a la atención de los habitantes del pueblo. Ellos se han ocupado de que el comité se renueve a intervalos cortos para que cada habitante sirva en él durante un cierto periodo de tiempo.¹⁴⁴

¹⁴² Thomas, op. cit., p. 561.

¹⁴³ Bolloten, op. cit., p. 64.

¹⁴⁴ Ibid, op. cit., p. 67.



¿Qué hay que hacer con alguien que dice que no quiere servir en el comité, ni consiente sus decisiones? ¿Con quién dice que tiene la intención de trabajar su propia tierra y hacerse rico y que se niega a compartir una peseta con nadie más? Esta persona debería recibir el mismo trato que recibe cualquiera que se resista a pagar impuestos en cualquier Estado moderno —amenazas y sanciones crecientes cada vez más graves hasta someterlo o hasta que se muera—.

La entrevista de Fraser al campesino Navarro indica claramente que los «comités» anarquistas eran gobiernos en el sentido corriente de la palabra. «Una vez que se tomaba la decisión, se dejaba formalmente a los campesinos que se unieran voluntariamente. Mariano Franco llegó del frente para mantener una reunión, diciendo que los milicianos estaban amenazando con llevarse el ganado de todos los que se quedaran fuera del colectivo. Al igual que en Mas de las Matas, todas las existencias de alimentos de propiedad privada tenían que ser entregadas». Martínez, otro agricultor, añade más detalles. «Compartió, no obstante, el disgusto general al tener que dar toda su cosecha para el común y no recibir a cambio nada más que sus raciones. Otra de las penurias fue la forma en que las columnas de milicianos requisaban ganado para el colectivo, dando vales a cambio. Tras ser nombrado delegado de ganadería, se fue en un par de ocasiones a Caspe para intentar “cobrar los vales en efectivo”, no tuvo éxito. Como en otros sitios, la abolición del dinero pronto dio lugar a la “acuñación” de una moneda local —

una tarea que llevaban a cabo los herreros perforando agujeros en discos de estaño que se emplearían mientras no se pudiera imprimir billetes de papel. El “dinero” —1,50 pesetas diarias— se distribuiría a los miembros del colectivo, como recordó el maestro de pueblo, para que lo gastaran en sus vicios —siendo esto último todo lo superfluo, es decir, todo lo que no era indispensable para el sustento—. ¹⁴⁵ (para poder comparar, nos aclara, antes de la guerra un agricultor ganaba 250 pesetas al mes). Incluso en la esclavitud de griegos y romanos a menudo se reconocía el derecho del esclavo a tener algo «suyo» (su «peculio»); la peseta y media pagada como «superflua» compensación a los campesinos, probablemente les habría parecido algo mezquino hasta a los mismísimos esclavos de la antigüedad.

Aún así, la colectivización rural en realidad fue inicialmente bastante «cantonalista» y es concebible que la movilidad campesina finalmente habría obligado a los comités locales a relajar la dureza de su régimen. La dirección anarquista se dio cuenta de ello casi instintivamente; pronto hubo voces que pidieron que se instituyeran «federaciones» regionales y nacionales. En un congreso de febrero de 1937, Fraser señala: «Los principales acuerdos alcanzados en el congreso fueron: abolir toda clase de dinero, incluida la moneda local y sustituirlo por la típica cartilla de racionamiento; permitir a los pequeños productores que siguieran sin colectivizar, siempre que no “interfirieran con los intereses del colectivo” del que no podían esperar ningún beneficio; organizar a los colectivos al nivel de distrito más que a nivel local y negar al Gobierno de Aragón el monopolio del comercio exterior». ¹⁴⁶ Las medidas restrictivas auto-impuestas iban claramente destinadas a proteger al Gobierno de Aragón de la ira del gobierno central y de los comunistas; el resto del acuerdo revela la intención de permitir una explotación del campesinado aún más dura.

El historiador anarquista Peirats describe una conferencia posterior, de junio de 1937, que evidenció aún más si cabe las intenciones a largo plazo de la CNT.

¹⁴⁵ Fraser, op. cit., pp. 360-361.

¹⁴⁶ Ibid, p. 367 n. 1.

El Comité Nacional de la CNT convocó un Encuentro Nacional de Campesinos con el propósito expreso de crear una Federación Nacional de Campesinos unida a la organización confederal. El objetivo principal definido en sus estatutos era la integración nacional de las economías agrícolas de todas las zonas de cultivo, que abarcaba a ambos colectivos y a pequeños propietarios. La Federación aceptaría los colectivos de la UGT y sería la encargada de todas las consultas técnicas por medio de sus sucursales regionales. Los pequeños propietarios, cultivadores y colectivos individuales unidos a la Federación tendrían plena libertad para iniciar el desarrollo agrícola en sus respectivas zonas, pero no estarían sujetos a los planes nacionales destinados a garantizar mejores rendimientos para los cultivos, la transformación o sustitución de algunos cultivos por otros de mayor valor económico y la lucha contra las enfermedades de los cultivos y de la ganadería.

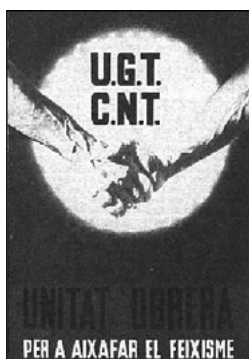
Los cultivadores federados se vieron obligados a suministrar datos estadísticos a la Federación Nacional sobre su producción y acerca todo lo necesario para la planificación general actual y proyectada. La Federación era el único distribuidor y exportador de productos.

Los cultivadores podían reservarse una porción suficiente de su producción para satisfacer sus propias necesidades de consumo, pero tenían que cumplir las restricciones que se impusieran en cualquier momento «para garantizar la igualdad de derechos de todos los consumidores, sin discriminación». Los excedentes debían ser entregados a la Federación, que pagaría por ellos de acuerdo con los valores locales o según se determinara por una junta reguladora nacional de precios... La Federación facilitaría los movimientos de campesinos de aquellas zonas con escasas tierras cultivables a aquellas otras en las que se necesitaran trabajadores. Establecería relaciones con todas las organizaciones económicas de la CNT y con otros grupos, nacionales o internacionales. Se creó un servicio auxiliar para compensar los pagos realizados entre las distintas zonas, tanto nacionales como extranjeras. La solidaridad y la ayuda mutua, incluida la indemnización por incendios, accidentes, plagas, enfermedad, jubilación, orfandad se ofrecería incluso a los individualistas que no participasen en los colectivos.¹⁴⁷

¹⁴⁷ Peirats, op. cit., p. 152.

En resumen, la CNT quiso crear un Estado todopoderoso para: someter a la población rural a su control; apoderarse de todos sus «excedentes», pagándoles la compensación simbólica que tuviera a bien y reubicar a los agricultores en «zonas donde se necesitara trabajadores». Teniendo en cuenta el hecho de que la CNT aseguraba la subsistencia de los campesinos, pero se apoderaba de sus excedentes, parece poco probable que ningún campesino quisiera trasladarse. La CNT no pensó en esta posibilidad más de lo que lo un ganadero pondera si su rebaño de vacas quiere pastar en otro campo.

En enero de 1938 la CNT dio a conocer su plan de suprimir la libertad de los colectivos urbanos. Como explica Fraser, «La CNT en su extenso Pleno económico de Valencia revisó muchas de sus posturas anteriores. Aceptó salarios diferenciales, un cuerpo de inspectores laborales que podría inspeccionar y sancionar a los trabajadores y a los comités de empresa. La centralización administrativa de todas las industrias y colectivos agrarios controlados por la CNT y la planificación general efectiva por parte de un Consejo de Economía de la CNT; la creación de un banco sindical; el desarrollo de las cooperativas de consumo. Al mes siguiente, en un pacto con la UGT, reclamó la nacionalización de las minas, de los ferrocarriles, de la industria pesada, de los bancos, de las telecomunicaciones y de las compañías aéreas (la interpretación que hacía la CNT del significado de la nacionalización era que el Estado se haría cargo de una industria y se la entregaría a sus trabajadores para que la gestionaran; los socialistas la interpretaron en el sentido de que el Estado gestionaría esa industria)».¹⁴⁸



¹⁴⁸ Fraser, op. cit., p. 236.

Bolloten proporciona información adicional sobre el pacto CNT-UGT. Debe recordarse que la UGT se componía de dos ramas socialistas y un ala comunista. «A pesar de que el pacto afirmó que el control obrero era una de las más valiosas conquistas de los trabajadores y pidió la legalización de los colectivos, constituía una completa negación de la doctrina anarquista, ya que reconocía el máximo poder y autoridad al Estado no solamente en esas dos cuestiones, sino en cuestiones tan importantes como la nacionalización de la industria y del ejército regular. Sin embargo, el pacto fue recibido con entusiasmo por la prensa de la CNT, incluso por algunos grupos de la FAI, tales como el Comité Regional del Centro, pero a la larga, ni el control por parte de los trabajadores ni el de los colectivos obtuvo estatus legal. Por lo tanto, en retrospectiva, el pacto parece haber servido únicamente a los fines de los comunistas y sus aliados...»¹⁴⁹

Para algunos anarquistas, estos pactos constituían compromisos adquiridos. Pero, de nuevo, los programas iniciales de la CNT ya eran en sí mismos un compromiso con los anarquistas que querían el poder total para la CNT desde el principio. Como documenta Bolloten, desde los primeros días de la revolución muchos anarquistas y revistas anarquistas clamaron por una dictadura anarquista. Estas observaciones a menudo dejan claro que hasta los anarquistas que se oponían a la toma del poder total a menudo aceptaban la inmediata instauración de una dictadura anarquista en cuanto los nacionalistas fueran derrotados.

Aunque los anarco-sindicalistas respetaron las propiedades de los pequeños propietarios, algunos de ellos dejaron claro que esto era sólo una indulgencia temporal mientras durase la guerra. Una vez que la guerra haya terminado y la batalla contra el fascismo se ha ganado, advirtió un prominente anarco-sindicalista [Tomas Cano Ruiz-Bryan Caplan] en Valencia, suprimiremos cualquier forma de pequeña propiedad y lo haremos como nos convenga. Intensificaremos la colectivización y la socialización y la haremos del todo y de todo.¹⁵⁰

¹⁴⁹ Bolloten, *op. cit.*, p. 568.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 59.

La colectivización total de las zonas rurales, al igual que la total colectivización urbana, fue también un objetivo anarquista (aunque no inmediato). «Esos campesinos que comprenden las ventajas de la colectivización o tienen una conciencia revolucionaria clara y que ya han empezado a introducir la [agricultura colectiva] deberían procurar empujar a los rezagados por todos los medios convincentes», dijo *Tierra y Libertad*, el portavoz de la FAI, que ejerció fuerte influencia ideológica sobre los sindicatos de la CNT. «no podemos consentir la pequeña propiedad... porque la propiedad privada de la tierra siempre crea una mentalidad burguesa, calculadora y egoísta, que queremos erradicar para siempre. Queremos reconstruir España material y moralmente. Nuestra revolución será económica y ética».¹⁵¹ Es evidente que muchos de los anarquistas españoles tenían esa revolución en mente...; una revolución que, al igual que otras revoluciones totalitarias modernas, no sólo esclavizaría al cuerpo, sino que esclavizaría a la mente. En este sentido, el tan alabado esfuerzo que los anarquistas hicieron en educación parece mucho más malévol.

El número de evidencias que indica que el control obrero no eliminó la avaricia, la desigualdad y la competencia por las que los anarco-sindicalistas denunciaron al sistema capitalista es abrumador. Los anarquistas clásicos habían afirmado en repetidas ocasiones que una vez que el Estado fuese destruido, el capitalismo se derrumbaría automáticamente. Estaban totalmente equivocados. Con la destrucción del Estado, el capitalismo cambió de forma; pero no dejó de existir. El auténtico control obrero cambió esencialmente los perceptores de los beneficios, nada más. El único camino para la eliminación del capitalismo era crear un nuevo Estado (frecuentemente bajo un nuevo término como «consejo» o «comité») y coaccionar a la obediencia por cualesquiera medios.

¹⁵¹ Ibid, p. 63.

V
LA FILOSOFÍA
DE LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES

Algunas de las actuaciones censurables de los anarquistas españoles se produjeron a consecuencia de los compromisos indeludibles que habían adquirido con poderosos aliados no por deseo expreso. Por supuesto, muchos de los males que los anarquistas se abstuvieron realizar fueron también resultado de compromisos que ellos no deseaban tener. Muchos observadores culpan a la guerra de los «abusos» pues ésta hacía que la inobservancia de los principios anarquistas se viera especialmente recompensada. Incluso en ese caso, debe señalarse que ni los aliados desagradables ni la guerra convierten en «necesaria» ninguna acción. Simplemente hacen que determinadas acciones parezcan más atractivas, más convenientes. Matar a la gente sospechosa de simpatías fascistas no era «necesario»; aunque fuese (quizás) conveniente. Esa conveniencia no vuelve a esos asesinatos menos culpables.

Sin embargo, es interesante preguntar: ¿En qué medida las tiranías y las atrocidades cometidas por los anarquistas españoles fueron consecuencia de su ideología? ¿Podría ésta constituir la base de una sociedad libre y justa, de haberles sido propicias las circunstancias? Lo sucedido demuestra que las ideas de los anarquistas españoles eran completamente erróneas. Se enfrentaron a numerosos dilemas, en gran parte porque aprobaban un conjunto incoherente de principios, y en cuanto tuvieron el poder, actuaron casi siempre siguiendo sus más totalitarios impulsos. Estos defectos eran en lo fundamental epistemológicos; a saber, los anarquistas españoles eran unos fanáticos dogmáticos movidos por impulsos emocionales, cuyo fracaso a la hora de construir una teoría objetiva y rigurosa llevó a millones de personas a combatir para alcanzar unos fines absolutamente nefastos.

1. **¿Qué es la libertad?**

Los escritos y palabras de los anarquistas españoles, incluso los títulos de sus publicaciones periódicas, proclaman su amor a la li-

bertad, su deseo de libertad. Los anarquistas clásicos como Bakunin dijeron que se oponían al socialismo de Estado, ya que acertaron al vislumbrar que un Estado socialista era incompatible con la libertad humana. Pero, ¿Qué entendían exactamente los anarquistas españoles que era la «libertad»?

La libertad de conciencia, la libertad de creer lo que uno quiera sin sanción legal, claramente no era un aspecto de la libertad tal como ellos la entendieron. Suprimieron despiadadamente la religión católica, matando a muchos religiosos, quemando iglesias y prohibiendo la educación religiosa. Mientras que Bolloten anota cuidadosamente que los anarquistas se oponían internamente a cualquier tipo «prohibición», los ideólogos anarquistas nunca vieron la intolerancia religiosa como algo incompatible con sus ideales. Por el contrario, los militantes dijeron que como la religión católica era falsa, debía ser silenciada. «La CNT, el órgano libertario principal en Madrid, declaró en un editorial: El catolicismo debe ser erradicado implacablemente. No pedimos se destruyan todas las iglesias sino que no quede ningún vestigio de religión en ninguna de ellas y no debemos permitir que la araña negra del fanatismo se pasee por su viscosa y polvorienta tela de araña en la que se han visto hasta ahora atrapados como moscas nuestros valores morales y materiales. En España, más que en cualquier otro país, la Iglesia Católica ha encabezado cada meta retrógrada, toda medida tomada contra las personas, todos los ataques contra la libertad».¹⁵² Ninguno de los anarquistas aquí citados muestra el más mínimo reconocimiento del principio de que las ideas deben ser toleradas, incluso si son falsas, reaccionarias o retrógradas.

Del mismo modo, ningún anarquista expresa ninguna objeción de principio a matar a la gente por sus creencias políticas. Los críticos anarquistas argumentan con frecuencia que matar a la gente daña a la revolución o asusta a los simples campesinos o aleja a las clases medias. No argumentan que los falangistas, los monárquicos y los católicos tengan un derecho inalienable a sus opiniones, con tal de que se abstengan de actuar según ellas. Ni siquiera se les ocurre la idea.

¹⁵² Ibid, p. 73.

Tampoco la «libertad» aclamada por los militantes anarquistas incluía la libertad de consumir alcohol, tabaco, o, a veces, hasta café. Como explica Bolloten, «El Puritanismo fue una de las características del movimiento libertario. De acuerdo con George Esenwein, una autoridad en el tema del anarquismo español, el puritanismo fue “uno de los varios hilos conductores de la ideología anarquista que puede rastrearse desde el comienzo del movimiento en 1868 hasta la guerra civil. Esta tendencia, que surgió del reconocimiento de una dicotomía moral entre el proletariado y las clases medias, abogó, por encima de todo, por un estilo de vida no restringido por valores materialistas. Por ello el exceso de alcohol, tabaco y otras prácticas que fueron percibidas como atributos de la clase media fueron casi siempre censurados”...»¹⁵³ Si bien la prohibición de consumir ciertas sustancias odiadas parece haber ocurrido sólo en algunos de los colectivos rurales, fueron los prohibicionistas anarquistas quienes se consideraron como los puristas, en lugar de sus compañeros más tolerantes. Los anarquistas españoles no sólo negaron a sus antagonistas el derecho a sus creencias; también negaron a los que supuestamente eran sus partidarios el derecho a controlar su propio cuerpo. Para los anarquistas, bastaba con decir que tolerar esto o aquello traía malas consecuencias y que por ello se debía prohibir; nunca consideraron la posibilidad de que las personas tuvieran derecho a hacer muchas cosas a pesar de sus malas consecuencias.

A pesar de su defensa del «amor libre», los anarquistas españoles tampoco fueron tolerantes en materia sexual. Los puristas hicieron campaña contra la prostitución, revelando una vez más su paternalismo e intolerancia. «Mi propio y personal recuerdo», escribe Bolloten, «es que la clase media española se burlaba de los anarquistas que habían cerrado los prostíbulos en las ciudades y puesto a las prostitutas a trabajar en algo útil. Pero para los puristas del anarquismo el saneamiento de la sociedad era un artículo de fe. En su relato oral, Ronald Fraser nos habla del joven Eduardo Pons Prades... que escuchó a los hombres discutir sobre lo que había que hacer: Escuchad, ¿Qué pasa con todas las personas que trabajan en esos antros de perdición? Tenemos que redimirlos,

¹⁵³ Ibid, pp. 68-69.

educarlos para que puedan tener la oportunidad de hacer algo más digno. ¿Les habéis preguntado si quieren ser redimidos? ¿Cómo puedes ser tan estúpido? ¿Te gustaría que te explotaran en un lupanar como ésos? No, por supuesto que no. Pero después de años en el mismo lugar, es difícil cambiar. Bueno, van a tener que hacerlo. El primer deber de la revolución es limpiar el entorno, limpiar la conciencia de la gente». ¹⁵⁴ El hecho importante que hay que resaltar es que los puristas querían obligar a todos a vivir como ello creían conveniente, mientras que los pragmáticos encontraban el comportamiento de los puristas poco político. Uno podría pensar que si los puristas valoraban la «libertad» por encima de todo, habrían insistido en que no se podía obligar a las mujeres a abstenerse de tener relaciones sexuales a cambio de dinero.

Yo nunca me atrevería a decirle a la gente cómo puede o no utilizar las palabras; sin embargo me reservo el derecho de volver a traducir al inglés corriente algunos usos no convencionales del idioma. Los anarquistas españoles no tenían amor a la «libertad» en el sentido corriente de la palabra. La «libertad» de los anarquistas españoles fue «libertad» para vivir exactamente como ellos pensaban que se tenía que vivir.

Muchos de los anarquistas españoles eran genuinamente anti-estadistas en el sentido corriente de la palabra. Pero como el anarquismo europeo era esencialmente un brote del socialismo de Estado europeo, los anarquistas españoles casi no tenían tradición anti-estadista sobre la cual construir. Al igual que los socialistas de Estado, los anarquistas españoles eran apenas siquiera conscientes de la larga tradición anti-estadista liberal, que podría al menos haberlos llevado a plantearse en qué consistía ser libre. ¹⁵⁵ En su obra *Liberalism*, publicada sólo nueve años antes del comienzo de la Guerra Civil española, Ludwig von Mises escribía lo siguiente:

El liberalismo exige la tolerancia como una cuestión de principio, no desde el oportunismo. Exige la tolerancia incluso con respecto

¹⁵⁴ Ibid, p. 770 n. 28.

¹⁵⁵ Noam Chomsky, cabe señalar, ha expresado cierta familiaridad con y admiración por pensadores liberales tales como Adam Smith y Wilhelm von Humboldt, dos pensadores que los anarquistas españoles es posible que no hayan leído con provecho.

a enseñanzas que carecen obviamente de sentido, formas absurdas de heterodoxia y supersticiones estúpidas e infantiles. Exige tolerancia hacia doctrinas y opiniones que estima perjudiciales y ruinosas para la sociedad e incluso para los movimientos que infatigablemente combate... Contra lo que es estúpido, carente de sentido, erróneo y pernicioso, el liberalismo lucha con las armas de la mente y no con la fuerza bruta y la represión.¹⁵⁶

Los anarquistas europeos familiarizados con el liberalismo clásico, con frecuencia se burlaban de la «estrechez» de miras del concepto de Libertad del Liberalismo Clásico. Los liberales insisten simplemente en el derecho de las personas a verse libres de coacción física contra su persona y bienes, sin tener en cuenta los muchos otros tipos de dominación existentes en la sociedad. Según ellos los liberales ignoran el dominio ideológico de la iglesia, la dominación sexual sobre las mujeres, la dominación de los capitalistas sobre los trabajadores, la dominación de la mente por la adicción a las drogas y al alcohol.

El problema teórico que los anarquistas españoles eludieron es simple. Una vez que uno declara que ciertos actos desagradables, aunque no violentos, constituyen una «dominación», implícitamente se justifica el uso de la violencia para erradicarlos. Si el catolicismo es «dominación», entonces seguramente matar sacerdotes es una forma de auto-defensa. Si la prostitución es una forma de «dominación», entonces cerrar los burdeles y que las prostitutas se dediquen a otra cosa es en realidad una forma de liberación. Si el trabajo asalariado es una «dominación», entonces, prohibir que una persona pueda contratar a un trabajador dispuesto a ello (aunque se trate de un trabajador que tenga la opción de trabajar para una gran explotación colectiva) en realidad libra al trabajador de convertirse en víctima. ¿Cuál es el hilo conductor en este supuesto? Al ampliar el significado de «dominación» para incluir a casi todo, en realidad se priva a la gente de toda libertad. Todo lo que queda es la libertad orwelliana de vivir precisamente como el Consejo anarquista piensa que uno ha de vivir.

¹⁵⁶ Ludwig von Mises, *Liberalism: A Socio-Economic Exposition* (Kansas City: Sheed Andrews y McMeel, 1978), pp. 56-57.

Si la «libertad» tiene algún significado, debe dejar abierta la posibilidad de realizar muchas acciones inmorales sin castigo. Las palabras pueden herir los sentimientos de otras personas o humillarlas o llevarlas a cometer locuras. Pero si hay algo que no es «dominación» o «coacción» es exteriorizar lo que uno piensa.

Del mismo modo, si una persona debe dedicar su vida a una causa o de lo contrario sufrir un castigo, no es libre. Si una persona tiene que unirse a la guerra contra Franco o cuidar de los necesitados o hacer que lo colectivo sea un éxito —o acabar en prisión o ejecutado en caso contrario— no es libre. No es libre ni siquiera cuando la causa a la que debe dedicar su vida es noble, justa y loable.

Los anarquistas españoles amaban la palabra «libertad» pero no tanto como para pensar profundamente en su sentido. Suponían que su aplicación era evidente; no había necesidad de hacer una lista de lo que la gente debía o no debía poder hacer. En cambio, los anarquistas españoles se centraron en lo que ellos pensaban que las personas libres debían hacer. No dedicaron mucho tiempo a pensar en cómo tratar a quienes planeaban hacer un uso distinto de su libertad. O bien supusieron que un extraño grado de unanimidad prevalecería una vez que el Estado fuese abolido; o planearon matar a todos los disidentes hasta conseguir la unanimidad; o, lo que es más probable, que su conducta fuera demasiado emocional como para pensar sobre el asunto.

2. Socialismo, Libertad y Estado

Algunos admiradores modernos de los anarquistas españoles sostienen que la abolición del Estado, en el sentido del concepto de Max Weber, no era realmente su objetivo. Según este enfoque, los anarquistas españoles definían «Estado» en sentido restringido para referirse solamente a algunos monopolios geográficos legitimados para emplear la coacción. Por ello, en una crítica a mi *Anarchist Theory FAQ* Tom Wetzell señala que:

Si nos fijamos en un concepto de «Estado» del tipo muy abstracto que con frecuencia se encuentra en las ciencias sociales, como en la

definición de Weber, entonces, lo que los anarco-sindicalistas estaban proponiendo no era la eliminación del Estado o del gobierno, sino su democratización radical. No es eso lo que los anarquistas decían pero posiblemente se puede argumentar que esto es una consecuencia lógica de cierta corriente principal del pensamiento anarquista de izquierda.¹⁵⁷

Mi propia lectura del debate interno entre los anarquistas españoles indica que la concepción que Wetzell describe fue como mucho un punto de vista minoritario sostenido por figuras como Horacio Prieto. Los escritos de Bolloten están llenos de quejas anarquistas sobre el conflicto entre la teoría y la práctica. Como señala Bolloten, «En los meses siguientes, como la fricción entre las tendencias colaboracionista y abstencionista del movimiento libertario iban en aumento, algunos partidarios de la colaboración del gobierno argumentaron que la entrada de la CNT en el gabinete no había supuesto ninguna retractación de los ideales y táctica anarquistas mientras que otros reconocieron abiertamente la violación de su doctrina y afirmaron que se debía ceder a la realidad. las concepciones filosóficas del anarquismo son excelentes, maravillosas, en teoría, escribió Manuel Mascarell, un miembro del comité nacional de la CNT, pero no son prácticas cuando se enfrentan a la trágica realidad de una guerra como la nuestra».¹⁵⁸

Bolloten también cita a Federica Montseny, un purista anarquista que finalmente entró en el gobierno central: «Otros partidos, otras organizaciones, otros sectores no pueden apreciar la lucha dentro del movimiento y en las propias conciencias de sus miembros, tanto antes como ahora, como consecuencia de la participación de la CNT en el gobierno. No pueden apreciarlo, pero la gente puede, y si no puede, entonces hay que informarla. Se le debe decir que para nosotros —que hemos luchado sin tregua contra el Estado, que siempre hemos afirmado que a través del Estado nada en absoluto puede lograrse, las palabras «gobierno» y «autoridad» significan la negación de toda posibilidad de libertad para los

¹⁵⁷ Citado en Bryan Caplan, *Theory FAQ* disponible en: <http://www.princeton.edu/~bdcaplan/anarfaq.htm>.

¹⁵⁸ Bolloten, op. cit., p. 208.

hombres y para las naciones— nuestra intervención en el gobierno, como organización y como individuos, significaba bien una histórica acción de audacia de importancia fundamental o bien una rectificación de toda una obra, de todo un pasado, en el campo de la teoría y la táctica. No sabemos lo que significó. Sólo sabíamos que estábamos en un dilema...»¹⁵⁹

Del mismo modo, la descripción de los puntos de vista anarquistas antes de la guerra que hace Fraser casi no es coherente con la idea de que ellos simplemente querían «democratizar radicalmente» al Estado en vez de abolirlo completamente. Fraser señala que hubo dos tendencias en el pensamiento anarquista español.

La primera tendencia se basaba en «la vida rural, la revolución rural». «Esta tendencia, con su virulento apoliticismo, anti-parlamentarismo, anti-militarismo, anti-clericalismo, su profunda hostilidad hacia todos los partidos políticos y toda forma de gobierno—incluyendo (especialmente) a los partidos obreros— vio como métodos fundamentales de acción: las huelgas salvajes, el sabotaje, el boicot y el motín. La dimensión popular de la ideología podría expresarse en una serie de ecuaciones: la política = el arte de engañar a los pueblos; los partidos = no existe ninguna diferencia entre ninguno de ellos; las elecciones = estafa; el Parlamento = el lugar de la corrupción; el ejército = la organización del crimen colectivo; la policía = asesinos a sueldo de la burguesía».¹⁶⁰

La segunda tendencia Fraser la vincula con la más urbana, la de los anarquistas industrializados. En su opinión, «las federaciones nacionales industriales serían necesarias para vincular a los sindicatos industriales locales, siendo cada uno de estos últimos el responsable de organizar las relaciones entre cada fábrica dentro de su industria local—después de que la fábrica o lugar de trabajo fuera tomado por la comisión sindical que debía administrarlo—».¹⁶¹

Por último, Fraser añade que, «La idea de que la clase obrera “simplemente” se haría cargo de las fábricas y centros de trabajo y los gestionaría colectivamente era común a ambas tendencias pero, por lo demás, se seguiría como antes... La toma de posesión

¹⁵⁹ Ibid, p. 209.

¹⁶⁰ Fraser, op. cit., p. 543.

¹⁶¹ Ibid. p. 544.

de las fábricas y centros de trabajo, aunque se llevara a cabo violentamente, no era el primer paso de una revolución dirigida a crear un nuevo orden, sino su objetivo final. Este punto de vista, a su vez, estaba condicionado por una visión particular del Estado. Cualquier Estado (burgués o de la clase trabajadora) era considerado un poder opresivo... El Estado no tenía que ser conquistado y aplastado para luego instituir en el poder a un gobierno revolucionario. No. Si se le pudiera dejar de lado o abolir, todo lo demás, incluida la opresión, desaparecería». ¹⁶² Luego, según el relato que hace Fraser, ambas tendencias deseaban abolir al Estado entendido éste en el sentido amplio que le dio Weber.

Por lo tanto, un volumen abrumador de pruebas empíricas indica que los anarquistas españoles manifestaron en repetidas ocasiones, como una cuestión de principio, que tenían la intención de abolir el Estado; y el contexto indica que entendieron el término en su sentido convencional ya que especificaron en repetidas ocasiones su oposición a un Estado obrero, a la democracia parlamentaria o el establecimiento de cualquier tipo de poder revolucionario. La opinión que esboza Wetzel es similar a la de unos pocos líderes anarquistas como Horacio Prieto, pero prácticamente todas las crónicas apuntan a que las opiniones heterodoxas de Prieto fueron ampliamente detestadas por sus compañeros anarquistas.

A pesar de esas fervorosas creencias, los anarquistas formaron gobiernos o participaron en gobiernos cada vez que pudieron hacerlo. La razón de ello es que estaban completamente equivocados en suponer que el capitalismo desaparecería tan pronto como los capitalistas hubieran sido «desplazados». Desplazar a los capitalistas simplemente implicaba que los trabajadores se transformarían en trabajadores-capitalistas. El resultado era anarquista, pero no socialista. Para regular a los colectivos urbanos o colectivizar a los agricultores rurales, el desplazamiento de los capitalistas no era suficiente; solamente un Estado podría conseguir hacer algo así.

En esto radica el dilema de los anarquistas: anarquismo capitalista o estatismo socialista. Cuando eligieron el anarquismo capita-

¹⁶² Ibid. p. 545. Peirats, op. Cit., esp. pp. 289-301, corrobora la amarga lucha interna del movimiento anarquista y el sentir que tenían muchos militantes de que la CNT había abandonado sus principios al entrar en el gobierno central.

lista, estaban indignados por la consiguiente reaparición de la codicia, la desigualdad y la competencia. Esto era muy difícil de soportar. Por otra parte, si simplemente aceptaban la codicia, la desigualdad y la competencia como un precio que se debía pagar para evitar la creación de un Estado todopoderoso, los anarquistas españoles habrían socavado los cimientos de su revolución original. ¿Si la desigualdad entre y dentro de los colectivos era moralmente aceptable, porqué era tan inmoral la desigualdad entre los capitalistas y los trabajadores de antes de la guerra?

El anarquismo capitalista era tan desagradable para muchos de los anarquistas españoles que éstos a menudo crearon o participaron en un Estado para imponer el socialismo; es más, las evidencias del último período de guerra, muestran que se hicieron cada vez más partidarios de instaurar el socialismo y menos contrarios al Estado. La principal dificultad radicaba en que muchos de los grandes teóricos del anarquismo europeo habían proclamado que el socialismo de Estado significaba la tiranía. Como dijo Bakunin, «Pero esta minoría, argumentan los marxistas, está formada por trabajadores. Sí, me atrevo a decir, por ex-trabajadores, pero tan pronto se conviertan en gobernantes y representantes del pueblo, dejarán de ser proletarios y mirarán con desdén a todos los trabajadores desde lo alto de sus pináculos políticos. Ya no representarían al pueblo, sino que se representarían sólo a sí mismos... el que dude de esto tiene que ser absolutamente ignorante de la naturaleza humana».¹⁶³ Por otra parte, en 1936 la dictadura socialista totalitaria de Stalin había confirmado las predicciones de Bakunin más a fondo y perfectamente que cualquiera de sus contemporáneos podría incluso haber nunca imaginado.

La dramática confirmación de las predicciones de Bakunin en la URSS debería haber llevado a los anarquistas españoles a convertir esta excelente idea en su doctrina central. Debería haberlos llevado a rechazar cualquier asociación del tipo que fuera con el Partido Comunista. En su lugar, prefirieron convertirse en otro éxito predictivo de la teoría de Bakunin; colaboraron con algunos gobiernos, establecieron otros por su cuenta y en cada caso demostraron ser al menos tan opresivos como lo habían sido otros a lo largo

¹⁶³ Bolloten, op. cit., p. 193.

de la historia. Es por esto que yo llamo a los anarquistas españoles «anarco-estatistas».¹⁶⁴ Fueron confesados defensores de la abolición del Estado que de repente concluyeron que el Estado no tenía nada de malo en caso de tenerlo ellos.

3. Pensamiento y Acción

Los anarquistas españoles exigieron la abolición de todo gobierno en nombre de la libertad humana; pero una vez que tuvieron el poder para hacerlo, ambos participaron en y formaron gobiernos que no fueron menos opresivos que cualesquiera otros. La causa inmediata, he sostenido, era que sus teorías subyacentes de la libertad, el capitalismo y el socialismo eran uniformemente erróneas. Sin embargo, hubo una causa más profunda: los anarquistas españoles teorizaron emocional y dogmáticamente si es que teorizaron en absoluto. En su mayor parte, aceptaron sus confusas teorías como obvias, y en su lugar centraron su atención en la «acción».

De lo que los anarquistas españoles no se dieron cuenta es que el pensamiento claro y riguroso es la forma más importante de «acción» que cualquier crítico de la situación actual puede realizar. No es bueno tomar la iniciativa e intentar cambiar el mundo a menos que razonablemente se puede esperar que los cambios supongan genuinas mejoras. La historia está llena de ejemplos de fanáticos ilusos que marcharon adelante para salvar el mundo, derrotaron a sus enemigos, y procedieron a hacer que el mundo fuera aún peor. El ejemplo de los comunistas rusos debería haber estado omnipresente en la mente de los anarquistas españoles; o puede que mirasen atrás y se remontaran a la conquista de América Latina por parte de España; o a cualquier otro ejemplo. Los historiadores suelen etiquetar dichos conquistadores «idealistas equivocados», pero sería mucho más exacto etiquetarlos «asesinos intencionalmente auto-engañados»: «asesinos» porque mataron a muchas personas inocentes; «auto-engañados» porque estaban

¹⁶⁴ Debo este término al profesor Roderick Long del Departamento de Filosofía de la Universidad de North Carolina.

convencidos de que tenían la verdad a pesar del poco tiempo y esfuerzo que pusieron en pensar en cuestiones filosóficas y políticas fundamentales; «intencionalmente» porque eligieron no dedicar el tiempo y esfuerzo necesarios para plantearse esas cuestiones fundamentales.

Hay abrumadora evidencia histórica de que los anarquistas españoles, de hecho, dedicaron muy poco tiempo a la teoría pura. Fraser transmite las palabras del miembro disidente de la CNT Sebastián Clara. «Tenía que ser recordado, subrayó, que el nivel de la cultura revolucionaria era muy bajo. Los militantes sabían, a lo sumo, leer uno o dos folletos, y “La conquista del pan” de Kropotkin. No habían leído a Marx ni a Engels y mucho menos a Hegel».¹⁶⁵

Peirats explica que debido al analfabetismo generalizado, la mayoría de los campesinos no podían leer ni los escritos más elementales. En cambio, «También hubo oradores itinerantes, algunos de ellos campesinos, que viajaron por las zonas rurales, dirigiéndose a los aldeanos con palabras sencillas sobre temas comprensibles. La eficacia de este tipo de propaganda se puede fácilmente imaginar si tenemos en cuenta que los analfabetos no eran necesariamente brutos y que la falta de instrucción con frecuencia escondía un perfecto entendimiento».¹⁶⁶ Es muy posible que sea así; pero tener un «intelecto perfectamente desarrollado» no sirve para nada bueno si no se utiliza. Los portavoces de la CNT no estaban presentando equilibradamente los distintos puntos de vista existentes; se basaban en la ignorancia de los campesinos en cuanto a la existencia de otros puntos de vista, con la esperanza de ganarlos para su causa mientras los mantenían esencialmente ignorantes.

En su entrevista con Fraser, Royo admite que él y sus compañeros militantes de la CNT no habían dedicado mucho tiempo a pensar en qué era exactamente lo que querían hacer. «Estábamos intentando poner en práctica un comunismo libertario sobre el cual, es triste decirlo, ninguno de nosotros sabía nada».¹⁶⁷ ¿Por qué gente que admitía su ignorancia estaba tan ansiosa por imponer a los demás sus ideas medio cocinadas? Abad de Santillán, otro miem-

¹⁶⁵ Fraser, op. Cit. p. 351.

¹⁶⁶ Peirats, op. Cit., pp. 137-138.

¹⁶⁷ Fraser, op. Cit. p. 351.

bro de la CNT entrevistado por Fraser, confirma el cuadro general de pereza teórica. «Se habla de la familia, la delincuencia, los celos, el nudismo y muchas otras cosas [la resolución había entrado en todos ellos como parte de la vida futura bajo el comunismo libertario] pero casi no se encuentra ni una sola palabra sobre trabajo, centros de trabajo u organización de la producción. Esa fue la situación con la que se encontró la CNT dos meses más tarde cuando tuvo que enfrentarse a la tarea de establecer un orden económico revolucionario en Cataluña». ¹⁶⁸

En suma, la teoría estaba tan poco desarrollada que muchos llegaron a considerarla como un lujo más que una guía valiosa para la acción. Bolloten cita a Miguel González Inestal, un miembro del Comité peninsular de la FAI. «En el campo libertario cada militante tenía su cuota de escrúpulos que había que conquistar, de convicciones que adaptar —¿Y por qué no admitirlo?— de ilusiones que enterrar». ¹⁶⁹ En una línea similar una cita de Peirats, Secretario General de la CNT en la conferencia de octubre 1938. «Tenemos que abandonar nuestro equipaje literario y filosófico, que se ha convertido en un impedimento para nuestra eventual toma del poder». ¹⁷⁰ La conveniencia de obtener el poder es obvia, no requiere de teoría que la justifique. ¿De qué sirve tener ideas claras sobre qué vas a hacer con el poder una vez lo tengas?

Los dilemas morales son difíciles de resolver con sensatez cuando hay que decidir con rapidez. Es por ello por lo que es importante considerar las cuestiones hipotéticas de antemano, cuando hay tiempo para pensar en ellas. Los anarquistas españoles fueron en lo intelectual demasiado perezosos para hacerlo, y luego culparon sus malas decisiones a la mala suerte. Las preguntas que se tendrían que haber formulado a sí mismos, aunque simples, resultaron tener profundas implicaciones. Por citar algunos ejemplos... ¿Qué debemos hacer si tenemos la oportunidad de unirnos al gobierno?... ¿Qué debemos hacer si las empresas controladas por los trabajadores actúan como empresas controladas por capitalistas?... ¿Qué límites tendremos que respetar cuando tratemos con quienes

¹⁶⁸ Ibid., p. 551.

¹⁶⁹ Bolloten, op. Cit., p. 330.

¹⁷⁰ Peirats, op. Cit., p. 295.

no estén de acuerdo con nosotros?... ¿Cuán diferente es un Consejo Económico Nacional de un Estado, si es que hay entre ellos alguna diferencia?... ¿Qué hemos de hacer si algunos trabajadores no quieren unirse a nuestro Consejo Económico?... ¿Qué hemos de hacer si algunos agricultores no quieren unirse a un colectivo?

Antes de la guerra, había un montón de otras cuestiones a cuya contemplación podrían haber dedicado sus horas de vigilia... Si la teoría de la explotación de los beneficios es correcta, ¿Por qué han aumentado los salarios por encima del nivel de subsistencia?... ¿Qué efecto tienen el sabotaje de los trabajadores y el vandalismo sobre los trabajadores en paro?... ¿Qué efecto tienen los mayores salarios de los trabajadores afiliados a sindicatos sobre los trabajadores en paro?... ¿Qué efecto tiene la militancia obrera sobre la inversión internacional y cómo afecta la inversión internacional al bienestar de los trabajadores?

No hay duda que pensar constantemente en estas cuestiones habría aburrido a muchos militantes anarquistas. Habrían particularmente resentido tener que auto-imponerse un mínimo de rigor intelectual. Para empezar, podrían haber intentado construir argumentos que fueran convincentes para quienes de entrada no estaban de acuerdo con ellos. Podrían haber intentado familiarizarse con los mejores argumentos de otros puntos de vista. Podrían haber considerado que cuando uno siente algo con mucha intensidad —como que los empresarios son malvados y tratan injustamente a los trabajadores— es de la mayor importancia dejar de lado sus sentimientos y examinar la cuestión sin emoción. En cambio, tomaron el camino más fácil como hicieron muchos movimientos que les precedieron a lo largo de la Historia: la revolución violenta en primer lugar; después, iremos resolviendo los problemas teóricos según vayan presentándose. O como dijo Lenin, «El objetivo de un levantamiento es la toma del poder; después veremos lo que podemos hacer con él».¹⁷¹

Después de tantos fracasos de este enfoque, habría sido refrescante que los anarquistas españoles hubiesen intentado hacer precisamente lo contrario. En lugar de proclamar su vacua devoción

171 Citado en *Three Who Made A Revolution* de Bertram Wolfe (N.Y.: Dell, 1964), p. 4.

a la «libertad», deberían haber enumerado con precisión lo que pensaban que la gente debería o no poder hacer libremente. Deberían haber puesto a prueba la claridad y la integridad de sus principios con la ayuda de ejercicios mentales en los que la respuesta correcta no fuese inmediatamente evidente. Deberían haber buscado deliberadamente la prueba contraria que podría haber puesto en duda todo su paradigma. Ganar es inútil si siempre has estado equivocado.

VI CONCLUSIÓN

En cualquier guerra, los historiadores tienden a buscar a los héroes. Raramente consideran la posibilidad de que no hubiera héroes, de que todas las facciones en conflicto estuviesen luchando en pos de la tiranía. Así muchos historiadores de la Guerra Civil Rusa ensalzan a los mencheviques, a pesar de que la investigación detallada revela que sus diferencias con los bolcheviques fueron relativamente leves.¹⁷² Así mismo, los historiadores de la Guerra Civil española, que con razón consideran a los fascistas y a los comunistas como totalitarios, a menudo intentan caracterizar a los anarquistas españoles como los héroes de esa lucha. En realidad, los anarquistas españoles en última instancia no fueron más que una tercera facción de totalitarios.

Los anarquistas clásicos europeos merecen un reconocimiento por su predicción profética de que el socialismo de Estado no sería más que una nueva forma de opresión. Esta concepción todavía provoca el aprecio de sesudos idealistas en la tradición de George Orwell, que reconocen los horrores del socialismo de Estado pero siguen siendo escépticos acerca de la moralidad y la eficiencia de la economía de libre mercado. Inteligentes y honestos intelectuales

¹⁷² Véase el apartado 2. *Socialism, Liberty and The State* de este mismo artículo del autor. (En esta nota al pie el autor reproduce íntegramente el contenido del mismo: páginas 49 a 52 (N. del T.)). La crítica que hicieron los mencheviques del bolchevismo y el Estado bolchevique está disponible en: <http://www.princeton.edu/~bdcaplan/menshev.txt>.

mente, investigan con entusiasmo cualquier posible alternativa que les permita sortear los inconvenientes de ambos sistemas sociales.

Si investigan la historia del anarquismo durante la Guerra Civil española, se sentirán tremendamente decepcionados. La experiencia de los anarquistas españoles no revela ninguna «tercera vía»; por el contrario, su elocuente experiencia reafirma que el Socialismo de Estado y el anarquismo de libre mercado o anarco-capitalismo son los dos polos teóricos entre los que se encuentran todas las sociedades actuales. La elección no puede eludirse. La única alternativa es echar otra mirada a los extremos del espectro político y ver si se ha rechazado alguno con demasiada prisa¹⁷³ o como sostiene el economista belga del siglo XIX Gustave de Molinari:

En realidad, tenemos que optar entre dos cosas:

Una de dos: o la producción comunista es superior a la producción libre o no lo es.

Si lo es, debe serlo para todo, no solamente para la seguridad”.

Si no lo es, entonces el progreso requiere que sea reemplazada por una producción libre”.

Comunismo total o total libertad: ¡Ésa es la alternativa! ¹⁷⁴

Yo no puedo aceptar la regla según la cual hemos de juzgar al Papa y al Rey de forma distinta a los demás hombres y presumir en su favor que nada hicieron mal. Si ha de haber alguna presunción, ha de ser de desconfianza respecto de quienes detentan el poder, cuanto mayor su poder, mayor ha de ser aquélla. La responsabilidad histórica tiene que compensar la falta de responsabilidad jurídica. El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente. Los grandes hombres son casi siempre hombres malvados....

—LORD ACTON, *Acton y Creighton Correspondence*

¹⁷³ Es evidente que también hay mucho valor en la consideración de los puntos de vista políticos situados entre los polos, así como en los propios polos. Pero, como mínimo, pensando en las posibilidades polares tiende a aclarar cuestiones.

¹⁷⁴ Gustave de Molinari, *The Production of Security* (NY: The Centre for Libertarian Studies, 1977), p. 8.

